



Plaza de la Columna en Lisboa.

25 de Febrero de 1845.

TOMO III. 4.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

PORTUGAL.-LISBOA.

Considerando la situación geográfica del reino de Portugal, causa extrañeza y hasta disgusto, que no sean sus estados como en tiempos mas gloriosos, parte integrante de los dominios de nuestra monarquía, con tanta mas razón, cuanto que todo su territorio se estiende solo á lo largo de una de las orillas que limitan la Península, que abraza España casi en totalidad.

Portugal en su forma guarda la de un paralelógramo cuyo lado mayor es de ciento treinta leguas, y de cincuenta el menor, y como se estiende de Sur á Norte ocupando una gran parte de uno de los extremos de la península, disfruta del mismo clima que los diferentes de nuestras provincias y su suelo es fértil y concede las mismas producciones que el nuestro; Portugal posee muy bellas ciudades, pero sobre todas y sobre todo, la joya mas rica del pueblo portugués, es sin disputa su capital Lisboa.

En el sitio en que el Tajo despues de formar el lago llamado *Mar de la Paja*, se angosta para confundir sus aguas con las del Oceano, se alza la ciudad de Lisboa capital del reino. Las casas edificadas á las orillas del rio y en lo alto de muchas colinas, aparecen en anfiteatro y pueblan aquellas riberas en una estension de mas de una legua.

El sorprendente panorama que ofrece la ciudad de Constantinopla, es sin duda lo unico que puede compararse con la vista de la de Lisboa. Sus edificios presentados como si tuvieran su asiento en una ancha gradería, entre los que levantan su cabeza atrevidamente torres de gigantesca elevacion, los muelles del puerto, los numerosos buques que estacionan en él, y mas allá de este primer término las montañas cubiertas de ricas plantaciones y lozana vegetacion, forma un conjunto que encanta las miradas, y roba deliciosamente la atención del que por primera vez la considera.

Desgraciadamente no corresponde el interior de la ciudad á lo maravilloso de su apariencia, no obstante que debe distinguirse la parte antigua, la que quedó en pié despues del famoso terremoto de 1755, formada con calles estrechas, oscuras, tortuosas y sucias, donde los edificios son mezquinos y de cinco y seis pisos de elevacion, con la parte nueva que contrasta con la primera, por la espaciosidad de via pública, la mejor entendida forma de los edificios, y lo bien guardada y alumbrada que está por la noche.

Lisboa entre los diferentes monumentos que encierra en su seno, posee uno que no desdice nada en paralelo con todo lo que la antigüedad ha producido en su género: este es un acueducto que conduce á la ciudad las aguas desde

una colina mas de tres leguas apartada de la poblacion, y que abastece treinta y cuatro fuentes públicas. Este acueducto construido hace poco mas de un siglo, se divide en dos brazos, de los que uno, conduce aguas para suministrar la parte del norte de la ciudad, y el otro la del nordeste. El primero sigue en su construccion el estilo gótico, y el segundo la arquitectura romana.

Lisboa es rica, floreciente y comercial, porque no solo mantiene el comercio de las colonias portuguesas, sino que tambien el de las tres quintas partes lo menos del de todo el reino con el extranjero. Su puerto que no es propiamente dicho mas que un fondeadero seguro, formado por el rio cuya anchura en estos sitios es de cerca de una legua, es susceptible de abrigar navios de guerra de alto bordo, y toda la costa inmediata es de fácil acceso y está bien defendida. Su temperatura es dulce y constante; llueve con abundancia, los frios, los hielos y las nieves son un fenómeno que rara vez experimentan. El carácter de sus habitantes es menos apacible que los del resto del reino; su actividad no es extraordinaria pero son económicos, sábios y leales en sus relaciones de comercio. Entre otros hombres célebres que ha producido Lisboa debe citarse el primero Camoens, el poeta.

Las cercanías de la ciudad son amenas y pintorescas; pueblan su campiña una multitud de casas de recreo en lo general de muy buen gusto, y rodeadas de bellisimos jardines. Los romanos cuando invadieron la península, han dejado en aquellos sitios como en nuestra España y como en Francia, Inglaterra, y Alemania, huellas indelebles de su dominacion. Augusto repobló la ciudad con gentes romanas y la elevó al rango de municipio.

En los primeros siglos de la iglesia se apoderaron los moros de Lisboa, y fué destruida diez siglos despues; pero de entre sus ruinas surgió una nueva ciudad que invadieron tambien los infieles, y que perdieron en dos ocasiones diferentes.

Sin los temblores de tierra que sufre con frecuencia y sin el protectorado de una nacion que tiene paralizada la industria portuguesa hace mucho tiempo, y que la arruinará cuanto pueda, seria Lisboa por su posición eminentemente favorable al comercio y su abrigado puerto, una de las primeras ciudades del mundo.

El ejército francés en 1807 se apoderó de ella y se mantuvo en su recinto algun tiempo, á pesar de las fuerzas combinadas de los portugueses é ingleses; pero cuando se vieron forzados á evacuarla, los ingleses la fortificaron de tal manera que la pusieron al abrigo de todo evento por medio de una série de trabajos militares ejecutados sobre un terreno de alturas en una estension de mas de cinco leguas. Cuando dos años despues el ejército del capitán coloso intentó bajo la dirección de Massena apoderarse nuevamente de la ciudad, fué siempre rechazado; las nuevas fortificaciones la defendieron constantemente de sus tenaces invasores.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

O EL REY FINGIDO. (1)

I.

Entre las empresas extraordinarias y osadas que la ambición de los hombres ha acometido en diferentes épocas; entre las combinaciones políticas, que por su estrañeza rayan en delirio: la que vamos á recordar á nuestros lectores, merece un lugar distinguido, y tanto, que parecería una novela, sino estuviese apoyada por infinidad de escritores, y por las sentencias de los tribunales que en ella entendieron, y que verán nuestros lectores en el discurso de este artículo, en el que nada alteraremos la verdad histórica, tal como la tenemos manuscrita á nuestra vista; y para tomar este hecho desde su origen, para omitir notas, y que nuestros lectores puedan comprender toda la fuerza de los hechos, toda la osadía de las personas; procuraremos reunir todos los antecedentes que contribuyan á llenar este objeto.

El día 22 de diciembre de 1376, los reyes de España y Portugal estuvieron diez ó doce días reunidos en el monasterio de Guadalupe, conferenciando sobre la expedición que intentaba el de Portugal hacer á Africa con el siguiente motivo. Tarif, rey de Fez, había sido desposeído tiránicamente y arrojado de su reino por Maluco, que prevenido para todo trance, había levantado tropas, fortificado sus ciudades, y asegurado su corona usurpada. El desposeído rey imploró el auxilio de don Sebastian rey de Portugal, que joven y ambicioso, creyó encontrar en la protección del Tarife un motivo para adquirir gloria, y ensanchar sus dominios. Deseoso de verificarlo, quiso sin embargo aconsejarse del prudente rey de España Felipe II, el cual en la citada conferencia hizo todos los esfuerzos posibles para separar á don Sebastian de tan arriesgada empresa, como él mismo lo manifestó en su carta á la ciudad de Lisboa: *Bien creo que son notorias, (dice) las muchas y grandes diligencias que hice para estorvar la jornada, así por mi propia persona en Guadalupe, como antes y despues por mis ministros, de lo cual son testigos muchas personas principales de ese reino. &c.* Mas apesar de los consejos y esfuerzos de su tío, don Sebastian se decidió por la empresa, y comenzó á hacer los preparativos, en los que tardó año y medio, y en julio de 1378 desembarcó en las playas de Africa al frente de unos 50,000 hombres entre los que se contaban 4,000 aventureros, bastante artillería, y setecientos carros y otros bagages. El 29 de julio movió el campo de Arara en dirección de Alcazarquivi ciudad de ocho ó diez mil vecinos, pero poco fortificada, la que se proponían tomar, para establecer su punto de apoyo. Cuatro días caminaron sin hallar enemigos que combatir, escepto cuatrocientos caballos que se presentaron en Almenara á hacer un reconocimiento, y que se retiraron sin aguardar á los portu-

ses, que salieron á ellos. Al llegar á dar vista al puente de Alcazarquivi, lo hallaron defendido por dos mil caballos moros, y creyendo el rey de Portugal, que no convenia empeñar combate para tomar el puente, á causa de que el río era fácil de vadear, siguió la corriente del río, y sentó sus reales una legua mas abajo del puente donde habia un vado fácil y anchuroso. El domingo 3 de agosto verificó todo el campo el paso del río, sin que los enemigos se presentasen, ni tratasen de incomodarle, ni impedirle el paso, en el que por la artillería y bagages se pasó la mayor parte del día. No bien habian establecido sus reales del otro lado del río, cuando el rey Maluco se presentó al frente de todo su ejército, compuesto de veinte y dos mil caballos, diez mil arcabuceros, y veinte y dos piezas de artillería. Don Sebastian puso en orden sus tropas, y se adelantaba hacia el enemigo; pero este se retiró en buen orden, y los portugueses volvieron á su campamento. Aquella noche tuvo consejo el rey de Portugal en que se discutió, si convendría pasar adelante y esperar al enemigo en el campo; ó marchar desde luego sobre Alcazarquivi, donde se encontraba el rey enemigo con todas sus fuerzas. Confiados en la poca defensa que tenia la plaza, se resolvieron por lo último, y á la mañana del lunes 4 de agosto el campo portugués comenzó á caminar hacia la ciudad. No se hicieron esperar los enemigos: pronto se encontraron ambos ejércitos, y á las nueve de la mañana habia ya comenzado una de las batallas mas sangrientas y encarnizadas de que hay memoria. Don Duarte de Meneses mandaba la vanguardia, el destronado rey Tarife la derecha, el duque de Avero la izquierda, y el rey se hallaba en el centro acompañado de un lucidísimo escuadron, compuesto de cuatro mil hidalgos portugueses. A la primera acometida los moros fueron arrollados en todos los puntos, pero Maluco voló al socorro, rehizo sus numerosos caballos que acometieron de nuevo con tal ímpetu, que el ejército portugués se vió precisado á retroceder hasta sus primeras posiciones. No acabó esto al valiente don Sebastian, rehizo y animó á sus soldados, y los moros fueron de nuevo arrollados con una pérdida considerable. Dudosa estuvo la acción bastante tiempo, por ambas partes se peleaba con desesperacion, y los portugueses llevaban la mejor parte, cuando el rey Maluco arremetió á la caballería portuguesa con dos mil arcabuceros á caballo, que habian estado de reserva, y que no tardaron en causar en el ejército portugués el mayor espanto y desorden. Sin embargo, don Sebastian hacia los mayores esfuerzos por contenerle; pero los diez mil tiradores de Maluco habian tambien cargado sobre ella, y no fué posible volverla á poner en orden. La infantería resistia aun con un valor extraordinario, pero se vió abrumada por la caballería enemiga; habia perdido su artillería, el rey desesperado se lanzó en medio de los enemigos, y aunque vendió cara su vida, la perdió en medio del campo de batalla, confundido entre los cadáveres de sus soldados. Ya desde entonces todo fué horror y sangre, los dos ejércitos cuasi habian desaparecido y puede decirse que la batalla concluyó cuando ya no quedaron combatientes, pues segun asegura don Duarte de Meneses, que quedó cautivo, *no escaparon de esta recia y eruda batalla cien personas del lucido ejército de Portugal.* Los moros vencieron; pero á costa de muchísima sangre, y en fin, creo que cuanta ponderacion se puede ha-

(1) Los hechos que en esta historia se refieren, están tomados de un manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Escorial, escrito á principios del siglo XVII por un padre de la compañía de Jesus, que se halló presente á la muerte del fingido rey.

cer de esta sangrienta batalla parecerá poca, al considerar que quedaron muertos en el campo de batalla cuatro monarcas, que fueron: don Sebastian rey de Portugal, el destronado rey de Fez, Tarife, el usurpador Maluco, y el rey Axar Muley Mahamet, que había venido en auxilio del usurpador.

Fácil es de conocer el luto y lágrimas de los portugueses luego que llegó la noticia de tan lamentable derrota, sobre la cual (como siempre sucede en semejantes casos), se hacían mil comentarios, se refería de mil modos, y comenzó á correr la voz de que el rey don Sebastian no había muerto en la batalla, sino que disfrazado y con solos tres de sus soldados había logrado escaparse; pero sin que nadie supiese su paradero, ni designase el lugar adonde se había refugiado, ni diera datos positivos para creerlo. Aumentó esta sospecha el que habiendo tratado de rescatar el cadáver del rey, aunque se entró en negociaciones, y los moros que ya habían alzado por rey á Muley Mahamet hermano del difunto Maluco, pidieron por su rescate las plazas de Tánger y Arcilla con la artillería que tenían, nada se concluyó á pesar de que el duque de Marcelos llegó á ofrecer diez mil ducados por los restos reales.

Pero no eran estos los solos males que afligían á Portugal: el rey don Sebastian había muerto sin sucesión, y el único heredero que quedaba era el infante don Enrique, que era cardenal, y tío del malogrado rey. Se encontraba ya en la edad de sesenta y cuatro años, y con no muy buena salud, y tanto por esta razón como por su estado sin hijos ni esperanza de tenerlos, Portugal, debía, volverse á unir á la corona de España después de cerca de cinco siglos que se había separado por haber don Alonso VI dado dicho reino en dote á su hija bastarda doña Teresa, y esto era otro motivo de aflicción para el pueblo portugués, que sentía verse sometido á los monarcas de Castilla; mas por entonces no pudo hacerse otra cosa, que proclamar por rey al cardenal que se llamó Enrique II.

Apenas se había sentado en el trono, cuando se presentó á hacer valer sus derechos, á suceder en el reino un hijo bastardo del infante don Luis, hermano del actual rey don Enrique, llamado don Antonio, el cual aseguraba que el dicho infante había estado casado con su madre, que era hijo legítimo, y que como tal debía preceder á todos los pretendientes, y después de ser oído sobre el caso ordinariamente, é su probanza recibida por el dicho rey don Enrique con muchos jueces eclesiásticos y seglares, fué por sentencia declarado por no legítimo, é fueron algunas de sus testimonias (1) presas por falsas é inducadoras de otras testimonias para el mismo efecto, y por lo que en este caso hizo, é por otras desobediencias que cometió contra el dicho rey, fué por sentencia desnaturalado del reino, é desterrado y condenado que nunca mas en él entrase; é fuele su hacienda que tenía de la corona confiscada, y que todos los naturales del reino que le sirviesen ó acompañasen, á le diesen favor ó ayuda directa ó indirectamente, en cualquier parte que estuviese, incurriesen en las mismas penas. (2). De modo que don Antonio no encontrando apoyo ninguno, tuvo que abandonar el reino, aunque no abandonó sus pretensiones.

Desembarazado el nuevo rey de las pretensiones de don Antonio, y conociendo que le quedaban pocos años de vida, trató de reunir córtes para que madura y detenidamente tratasen el asunto de sucesión. Felipe II tampoco se descuidó por su parte, pues no solo hizo que averiguasen y declarasen su derecho al reino de Portugal la facultad de teología de la universidad de Alcalá, y algunos otros hombres doctos y entendidos, sino que por si mismo es-

cribió á la ciudad de Lisboa, haciéndole presente el derecho que le asistía, y prometiéndole mercedes, y un gobierno paternal despues que faltase don Enrique.

Por este tiempo tomó mas incremento el rumor de que el rey don Sebastian no había muerto en la batalla, y que disfrazado y escondido se encontraba en Portugal, á lo cual dió motivo el hecho siguiente. Un médico llamado el licenciado Mendez Pacheco, paseaba una tarde, unos cinco meses despues de la rota de África, por la ribera del Tajo del otro lado de Lisboa, hacia el sitio llamado la Torre Vieja, donde á la sazón habitaba doña Francisca Calva, muger que fué de Cristóbal de Tavora, muy privado del rey don Sebastian. Un criado se llegó á él y saludándole le dijo.

—¿Sois el doctor Pacheco?—Para lo que gusteis mandarme.—Pues mi señora os suplica tengais la bondad de llegar hasta su casa.—¿Está enferma?—Nada me ha dicho ni la he oído quejarse.—¿Y quién es vuestra señora?—Doña Francisca Calva, esposa de Cristóbal Tavora que Dios haya.—Entonces guiadme; y precedido del criado llegaron á la casa, donde doña Francisca esperaba al médico, manifestando en su semblante el ansia con que le aguardaba.

—¿En qué puedo serviros, señora, le preguntó Pacheco?

—En un asunto que me interesa, y que exige prontitud; ¿estais dispuesto á complacerme?—Señora, haced favor de indicarme el asunto y luego que le conozca....—Bien, es una cosa de vuestra facultad, quiero que al momento vayais á Guimaranes á la sierra del Carnero, allí encontrareis unas casas pajizas, y en ellas un hombre herido, volad y proporcionarle las medicinas y el cuidado que necesite.

—¿Pero ese hombre...!—Nada, no os detengais, ese hombre es de alta categoría, y en caso de algun compromiso podría sacaros de él.—Luego es algun señor poderoso?

—Y tanto; pero esto no es del caso, porque la persona poco importa, y si supierais quien es...! mas marchad porque necesita de vuestros auxilios, y tomad esto para el camino. Le puso en la mano cincuenta escudos, y el médico salió á hacer sus preparativos de marcha, y montando en un jaco emprendió solo el camino. Llegó al anochecer á Villanueva que está al pié del puerto, y resolvió pasar la noche y descansar, y cuando á la mañana se disponia á continuar su viage, se le presentó un hombre y le dijo:

—¿Tendreis la bondad de decirme hacia donde caminais?

—A Guimaranes, contestó el médico.—Entonces vos sois el que yo vengo á buscar, y tengo orden de acompañaros hasta dejaros junto á la cabecera del enfermo; y sin mas comenzaron á caminar, y aunque el médico dirijió varias preguntas al mozo que le acompañaba, acerca del estado, condicion, y enfermedad del paciente; este, ó nada sabia ó nada quiso contestar, que pudiera dar alguna luz á la curiosidad natural del médico. Llegados á Guimaranes, y á las casas pajizas, entraron en una pobre, pero decentemente alhajada, y curiosa, cuatro hombres salieron á recibirle, y certificados por el guia de que era el facultativo, le introdujeron en una pieza interior en donde en la cama estaba tendido un hombre, puestos unos anteojos de tafetan pardo que le cubrían la mayor parte del rostro, que jamás descubrió. Levantaron la ropa de la cama lo bastante para que viese la pierna derecha del enfermo, en la cual junto á la pantorrilla, como seis dedos mas arriba del tobillo tenia una herida, hecha al parecer con arma arrojadiza, pero tan inveterada y ulcerosa, que estaba muy próxima á gangrenarse. Preguntó el médico qué medicinas le habían aplicado, y sin hablarle una palabra, sacaron una preciosa cajita de plata llena de unguento, y se le presentaron.—¿Es solo esto lo que ha usado, preguntó el médico?—Solo ese unguento, contestó uno de los cuatro, porque ha tenido que caminar mucho, y ha sido imposible proporcionarse otros medicamentos. Viendo pues lo lacónico de las contestaciones, y la economía de palabras que allí se tenia, tomó á buen partido emprender su curacion, obrando y callando como todos los que le rodeaban. Concluida la operacion primera volvieron á sacarle de la ha-

(1) Testimonias, sustantivo femenino que signiíca lo mismo que testigo. Dic. de la leng.

(2) Carta de los gobernadores de Portugal al reino, fecha en Badajoz á 11 de julio de 1580.

bitacion, conduciéndole á otra, que habia de ser su alojamiento, hasta que el enfermo estuviese sano. Allí los cuatro que le habian recibido le hicieron algunas preguntas relativas al estado político del reino, al gobierno de don Enrique, y al modo de pensar de los pueblos; á lo cual contestaba lo que sabia, pero con embarazo, por que además de que á ninguno conocia, sus preguntas eran tan enfáticas, sus miradas tan significativas, y todo su proceder tan misterioso, que temia incurrir en algun desliz que los disgustase. Al enfermo no le veia mas que durante la operacion de curarle, pero siempre cubierto el rostro con sus anteojos y tafetanes pardos, y sin que nunca le hablase mas palbra que la siguiente: ¿sanaré pronto? Aprovechaba Pacheco aquella coyuntura, y procuraba entablar conversacion, dándole buenas esperanzas al enfermo, hablándole de su herida, y dirigiéndole algunas preguntas indirectas, pero el paciente no hablaba mas palabra, y todos sus esfuerzos eran vanos, y en veinte dias que le asistió, solo pudo conocer por sus observaciones físicas, que el herido era hombre jóven, pero en todo este tiempo jamás oyó pronunciar su nombre, ni el de ninguno de los cuatro que le acompañaban. Conociendo pues, que la herida estaba ya para cicatrizarle lo indicó á los asistentes, diciéndoles, que bastaria ácurarle del todo la aplicacion del unguento contenido en la cajita de plata, y que ya su asistencia no hacia falta. Ellos le dieron las gracias muy afectuosamente, y le despidieron, sin darle gratificacion alguna, ni carta, solo un recado verbal para doña Francisca, dándole las gracias por el auxilio que con tanta oportunidad le habia enviado al enfermo. Confuso y lleno de curiosidad salió el médico de las casas pajizas, y determinó ver si al presentarse á doña Francisca podia recoger de ella algun dato que le aclarase sus dudas, y así cuando se presentó en su casa, la indicó que sospechaba haber curado al rey don Sebastian; mas la señora se sonrió alegremente, se informó detenidamente del estado de salud del enfermo, y solo le preguntó, si entre los que acompañaban al herido habia visto á su marido, y contestándole que no, le despidió dándole miles de gracias por el servicio que le habia prestado, y protestándole su reconocimiento.

El médico aunque nada habia podido averiguar, no por eso dejó de referir á sus amigos su aventura y sus dudas, cuya relacion pasando de unos á otros llegó á tenerse por cierta, y como tal se aseguraba, que el rey don Sebastian aun vivia, y que el licenciado Mendez Pacheco le habia curado en Guimaranes, llegando á tal extremo esta creencia, que en las cortes que luego reunió don Enrique y en las que fué jurado como rey, apareció un escrito en que se aseguraba esto mismo. Pareció al monarca que esto debia atajarse, y mandó prender y encausar al licenciado Mendez Pacheco, que refirió llanamente lo que le habia sucedido, no solo delante del juez, sino tambien en presencia del mismo rey, que quiso oír la relacion de boca del mismo médico, y aunque no resultaron pruebas bastantes para achacarle ser el autor del escrito presentado en las cortes, y el divulgador de la noticia de que don Sebastian vivia, fué echado á una galera, con una gruesa cadena al pie, aunque luego se le quitó esta pena, y se le dió comision de visitar á los enfermos de las galeras, y al cabo de algun tiempo, la libertad. Este castigo aunque por entonces acalló las habilllas del vulgo, no pudo borrar absolutamente la idea de que don Sebastian vivia, y andaba escondido.

El reinado del rey don Enrique fué muy corto, pues murió en 31 de enero del año de 1580, sin que las cortes del reino hubiesen decidido de un modo terminante el derecho de sucesion. Los once gobernadores del reino, á quienes encargó en su testamento el cuidado y gobierno de Portugal, reunieron cortes con este objeto, pero por una parte don Antonio volvió á presentarse en Santaren, esforzándose por ganar algunos procuradores, co-

mo los dichos gobernadores lo atestiguan en su carta. *El dicho don Antonio (dicen en ella) estando condenado é desnaturalado como dicho es, sin nuestra licencia é autoridad, se vino á meter en la villa de Santaren, acompañado de mucha gente sediciosa y rebelde, induciendo los procuradores de las cortes á rebeliones y desobediencias, encaminadas todas á levantar á él por rey; y por otra parte Felipe II, les recordó sus derechos, exigiéndoles le pudiesen en posesion de un reino, que Dios habia determinado le perteneciese por derecho incontestable; ofreciéndoles su liberalidad y apoyo si así lo verificaban, ó amenazándoles con tomarlo por la fuerza si se resistian. Los gobernadores, viendo lo mal que llevaban los portugueses someterse á los castellanos, buscaron mil pretextos para dar largas al asunto, pero todo fué inútil, por que Felipe II, que no dudaba de sus derechos, que no podia entrar en transacciones, y cuyo carácter no sufría inútiles dilaciones, en cinco de marzo salió de Madrid, para disponer personalmente la expedicion, y tomar por fuerza la corona de dicho reino, encargando el mando del ejército al valiente é inflexible duque de Alba. Los preparativos se hacian con prontitud y eran tan grandes, que bastarian á conquistar en poco tiempo, no solo á Portugal, sino muchos reinos. De lo formidable de estos preparativos, puede formarse idea por las palabras de una carta fecha en Mérida á 7 de abril de 1580. *Pasan (dice) ochenta piezas de artilleria, mucha caballeria é infanteria en número de sesenta mil hombres; en el mar hay cien galeras y cuatrocientos navios y en la costa de Vizcaya y Galicia hay mas de seiscientos mil quintales de bizcocho, quinientas mil fanegas de harina y muchas municiones.**

Dispuesto todo con la energia y prontitud que caracterizan á Felipe II se presentó este monarca en Badajoz el 21 de mayo, y aunque el obispo de Coimbra y don Manuel de Melo vinieron á suplicarle esperase algunos dias la resolucion de las cortes, y no afligiese á los portugueses con la guerra, no quiso darles oídos, convencido de que solo buscaban dilaciones; mandó adelantar su campo, que ya el 12 de junio estaba sobre Olivenza, Campomor y Yelves. Al mismo tiempo llegó la noticia de que el bastardo don Antonio se hallaba en Santaren, donde le habian proclamado rey de Portugal, celebrando la misa el nuncio de su Santidad, alzándose pendones y practicando el obispo las demas ceremonias acostumbradas en las coronaciones de los reyes, y que el mismo don Antonio al frente de treinta mil hombres habia entrado en Lisboa, ocupado los palacios llamados del Tesoro, y sacado el estandarte real, ahuyentando á los gobernadores, que se fortificaron en Setubal, de donde tambien fueron luego arrojados por los partidarios del bastardo. Entonces Felipe II emprendió la conquista con mas actividad, publicando tambien en 26 de junio una carta declarando traidor al dicho don Antonio, y á cuantos de cualquier modo le favoreciesen y ayudasen, y aunque sus partidarios se mostraron al principio tenaces y atrevidos, muy pronto los tercios valerosos mandados por el duque de Alba, se apoderaron del reino y de la misma capital, de donde don Antonio tuvo la dicha de escapar, logrando refugiarse en Francia, desde donde por algun tiempo no dejó de hacer esfuerzos para conseguir su intento.

II.

Dueño ya Felipe II del reino de Portugal, no pudo pasar al momento á tomar la posesion de él, por que en setiembre de 1580, fué acometido del catarro epidémico que tantos estragos causó en España, añadiéndosele el disgusto de perder á los 26 del mes siguiente á su esposa doña Ana, victima del fatal catarro. Por esta causa hasta el 16 de abril del año siguiente no fué jurado por los tres estados del reino de Portugal, y el 29 de junio hizo su entrada solemne en Lisboa, entre regocijos y aclamaciones,

y acompañado de muchos caballeros españoles y portugueses. Dadas las disposiciones generales para el buen gobierno del reino, trató de apartar de él todas aquellas personas que ó se habían manifestado adictas al bastardo don Antonio, ó no estaban muy contentas con verse dominadas por los castellanos, y mas particularmente aquellas que por su carácter é influencia podrian alterar la tranquilidad del pais. Entre las primeras se encontraba un fraile agustino llamado fray Miguel de los Santos, varon muy respetable que habia sido dos veces provincial de su órden, predicador del rey don Sebastian, y confesor de don Antonio con quien tenia intimas y estrechas relaciones, y de quien era estimado como uno de sus mas íntimos amigos, y mas leales servidores, de lo cual habia dado muchas pruebas durante la guerra, favoreciendo á don Antonio en cuanto estuvo en su parte. Esta conducta obligó á Felipe II á enviarle preso á Castilla en un coche custodiado por arcabuceros, para tenerle mas á la vista, pero fué tanto el arrepentimiento que fray Miguel mostró en España, tan religiosa y ejemplar su conducta, tan humilde y reconocido su proceder, que no solo se le puso en libertad, sino que Felipe II para hacerle alguna merced, mandó le nombrasen vicario del monasterio de Santa María la Real de la villa de Madrigal, del órden de santo Domingo, dándole ademas el cargo de confesor de doña Ana de Austria sobrina de Felipe II, (pues era hija natural de don Juan de Austria) profesa en dicho monasterio, señora muy virtuosa, y de una inocencia y carácter angelical.

Los nuevos favores que el monarca dispuso á fray Miguel en nada alteraron su sistema de vida, siempre moderado é irreprochable en su conducta, exacto en el desempeño de su vicaría, y con frecuencia se le veia por largos ratos en la iglesia entregado á la meditacion, ó cuidando de las cosas necesarias para el culto. Las monjas le respetaban como un varon lleno de virtud y ciencia, y particularmente doña Ana de Austria le amaba como á su director espiritual, y le escuchaba como á un oráculo. Pero fray Miguel en medio de este proceder tan conforme con su empleo y estado, no habia olvidado su afecto y antigua amistad con don Antonio, con quien conservaba alguna correspondencia; ni habia renunciado completamente á la esperanza de verle algun dia sentado en el trono de Portugal. Esta idea ocupaba constantemente á fray Miguel, y era objeto de sus meditaciones y desvelos. ¿Pero que habia de hacer un pobre fraile, viviendo en pais extranjero y bajo la vigilancia de Felipe II? Sin embargo, ni estas circunstancias, ni la derrota que la armada francesa que auxiliaba á don Antonio, sufrió frente á la isla de san Miguel, en 1582; ni el ejemplar castigo que el marqués de San Cruz ejecutó en los vencidos en aquella batalla degollando y ahorcando en la plaza de Villafranca cerca de cuatrocientos prisioneros; fueron bastante á hacerle desistir de su intento, y por fin puso por obra la combinacion mas estraña que darse puede.

Un dia, estando segun su costumbre conversando con doña Ana de Austria, parecia estar como ocupada su imaginacion de un asunto que absorbía toda su atencion, dejando de vez en cuando escapar un profundo suspiro que indicaba la pena interior que le molestaba. La noble y sencilla señora que le observaba, movida de compasion, y estimulada por la curiosidad le dijo:—Mi querido padre, hace algunos dias que noto en vos cierto abatimiento, os veo pensativo y aun afligido, y siéndome tan conocida vuestra paciencia religiosa, vuestra conformidad con la voluntad del Señor y vuestra constancia en las adversidades, sospecho que estais enfermo, ó que teneis motivo para temer alguna grave calamidad.—En efecto, señora, mi salud está bastante quebrantada, pero yo no tengo pena por mí, ni hago caso de los trabajos que atañen solo á mi persona, por que espero que el Señor que me los envia, los tomará en descuento de mis pecados; pero la felicidad de un reino, la tranquilidad de tantos millares de vasallos,

la sangre que se ha derramado y se puede derramar aun, afligen y quebrantan mi corazon.—¿Pues qué, preguntó sobresaltada doña Ana, amenaza alguna nueva guerra, ó se halla en peligro S. M., ó qué ocurre?

—Nada, señora, tranquilizáos, nada de lo que habeis imaginado amenaza por ahora, pero vos recordareis que soy portugués, sabeis el amor que profesé á sus monarcas y á toda la real familia, y siento que aquella ilustre descendencia no haya continuado en el trono, y que tai vez cuando quiera remediarse sea demasiado tarde, porque la vida de un hombre fugitivo, escondido, errante, está tan espuesta!...

—Por Dios, padre, exclamó doña Ana, ¿pensais aun en favorecer los sueños y descabelladas empresas del bastardo prior de Ocrato?

—Bastantes pruebas tiene ya el rey católico de que he abandonado la causa de don Antonio, contra quien están suficientemente declaradas la justicia y la fortuna.

—Pues entonces no os comprendo, no puedo atinar quien sea ese hombre escondido y errante, por cuya vida temeis, y que os inspira tanto interés, ni que pueda remediarse cuando Dios ha dispuesto que la dinastía reinante en Portugal concluyese en el desgraciado y valiente don Sebastian.

—Y si no fuera cierto, contestó fray Miguel, que esa dinastía hubiese acabado?

—Pero esa suposicion es un absurdo, nadie duda ya de la muerte de don Sebastian en los campos de Africa, no tiene hijo ninguno, y por lo tanto su descendencia concluyó con él.

—Pues yo dudo de esa muerte, señora, y aun añadiré mas, tengo tantas pruebas, tantos motivos para creer que don Sebastian vive....

—Cómo, exclamó doña Ana con sorpresa, el rey de Portugal, mi primo, ¿creeis que no murió en la batalla? ¡Ah ojala fuera verdad! Pero vos, padre, habiais de engañarme? Yo no acabo de comprender este enigma, explicáos por Dios; sacadme de esta ansiedad, que hace vagar mi imaginacion de un objeto á otro sin poder comprender nada de cuanto me decís.

—En mi seria un gravísimo delito el faltaros á la verdad en lo mas mínimo, soy incapaz de engañaros, pero tampoco me atrevo á declararos completamente lo que hay en este asunto, porque la menor indiscrecion, la mas insignificante palabra podria causar un compromiso grave.

—¿Y será posible que me deis atormentada por tan cruel incertidumbre? No, por Dios, explicáos, decidme al menos si es cierto que don Sebastian vive.

—Señora, ¿qué podré yo negaros? Pero cuento con vuestra discrecion, y ya que deseais saber la verdad, prometedme que en este asunto nada hablareis, nada ejecutaréis, ni aun lo mas mínimo, sin consultarlo conmigo.

—Os lo prometo por mi fé, y si es cierto que don Sebastian vive, si se halla escondido, yo sacrificaré gustosa cuanto puedo y valgo por verle otra vez en el trono que tan dignamente ocupaba.

—Pues sí, doña Ana, el cielo ha querido conservarle: herido y disfrazado pudo escapar de aquella sangrienta batalla, pero lleno de rubor y vergüenza al verse tan completamente derrotado, no se atrevió á presentarse á sus vasallos; un voto indiscreto le impide ahora el verificalo, y anda errante y desconocido, sin medios, sin amigos, y espuesto á mil desgracias. Ved, pues, señora, si mis temores son fundados, si mi afliccion tiene una causa poderosa. Dos años hace que he redoblado mis ayunos, mis disciplinas, mis oraciones, mis limosnas, solo con el objeto de que el Señor se digne manifestarme el camino que debe seguirse en asunto de tanta importancia.

—Mas decidme, ¿vos padre, creéis que en lo que decís no os han engañado, no hay alguna ficcion, algun cambio de persona?

—Señora no puede darse mas certeza que la realidad, y creo no os quedará ningún género de duda si yo os digo, que despues de mucho tiempo que el Señor me le presentaba durante el sacrificio de la misa, le he visto, le he hablado, y de acuerdo con él os hago esta revelacion.

En seguida continuó fray Miguel dándole pruebas de ser cierto lo que le aseguraba, refiriéndole varias anécdotas sucedidas con el rey don Sebastian despues de la batalla, sin olvidar la del médico Mendez Pacheco que dejamos referido, y otras muchas que se verán adelante en las declaraciones; y de tal modo supo pintarlo, hablaba con un tono de conviccion tan manifiesto, que doña Ana lo creyó absolutamente, y desde aquel dia en nada pensaba, de nada se ocupaba mas que del asunto del escondido rey de Portugal.

Seguro fray Miguel de que doña Ana ningún género de duda tenia acerca del hecho que acababa de referirla, y de que en ella tendria un instrumento dócil, inocente, y dispuesto á cuanto él la mandase, convirtió sus miras á completar los personajes que necesitaba, y la persona del rey escondido no era la menos interesante y difícil de encontrar; y en buscar esta persona, en reconocer sus prendas tomando á algunos y volviéndolos á desechar sin poderse fijar en ninguno. Pero en fin, la travesura é imaginación de fray Miguel logró encontrar uno hacia el año 1594. Cuatro meses poco mas ó menos hacia que habia venido á la villa de Madrigal, y habia establecido su horno y demas utensilios de pastelería, un hombre que aunque ordinario y comun en su traje, manifestaba finura en sus modales, algun talento é instruccion, y cierta apostura y gravedad en su continente y palabras, que revelaban algo mas que el traje en que se le veía. Aunque hacia profesion de pastelero, no parecia ser este sino un pretexto, trabajaba muy pocas veces, y aun entonces no reparaba en dar los pasteles por una mitad de su valor, y apesar de esto comia y se trataba con decencia. Su familia se componia de una niña como de dos años agraciada y linda, y de una muger de buena edad, á quien él llamaba el ama ó nodriza de la niña. Su porte era reservado, su trato el indispensable, de modo que en Madrigal ni nadie le conocia, ni nadie tenia intimidad con él, ni le visitaba. Fray Miguel que durante estos cuatro meses le habia observado con atencion, le designó como el mas apropiado para su empresa, y determinó tantearle. Se dirigió á casa de Gabriel de Espinosa (este era el nombre del pastelero) y despues de saludarle, se le quedó mirando con mucha atencion, con aire de sorpresa, y como si quisiera reconocer en él alguna persona, que hacia algun tiempo no veía. Espinosa no dejó tampoco de estrañar la curiosidad con que el fraile paseaba por todo él sus miradas escrutadoras, y por fin le dijo:—Padre, ¿qué habeis hallado en mí, que tanto ha llamado vuestra atencion?

—La disposicion del cuerpo, dijo fray Miguel (como si no hubiera oído la pregunta) sus maneras, su habla, su mirada, todo conviene, no hay duda, el rostro parece algo mas enjuto, y representa alguna mas edad....

—Eso no debe estrañaros, replicó Espinosa, los trabajos, las cavilaciones, y los largos viages por mar y tierra destruyen mucho la naturaleza y adelantan la vejez, y yo he sufrido y caminado mucho.

—Eso me confirma mas en mi sospecha, eso disipa mis dudas, y espero que no me lo negareis, vos sois don Sebastian.

—No ciertamente, mi nombre es Gabriel y no Sebastian.

—Vaya dejáos de disimulo, bien sabeis lo mucho que traté á toda la real familia, y por mucho que los trabajos os hayan desfigurado, no he dejado de conocerlos, vos sois don Sebastian rey de Portugal, á quien se cree muerto en Africa, pero yo sabia que no era así, y el cielo

me ha concedido la dicha de besar vuestra real mano; al mismo tiempo hincó la rodilla en el suelo y le quis tomar la mano para besársela. Espinosa no sabia qu contestarle, ni acababa de comprender si aquella era una farsa, ó si fray Miguel estaba loco, pero sus palabras llevaban un carácter de conviccion, su seriedad era tal, que le creyó equivocado de buena fé, y sonriéndose le dijo:—Vaya, padre; que representais el papel tan al vivo, que cuasi me lo habiais hecho creer; levantáos del suelo y concluyamos ya de chanzas, porque vos sabeis muy bien que no soy don Sebastian.

—Por Dios! contestó el fraile, no me lo negueis, el Señor quiere que acabe ya vuestra peregrinacion, y que volvais á ocupar el trono; vuestros vasallos lo desean, tiempo es ya de mirar por su felicidad.

—Os juro; contestó Espinosa, que yo no soy el tal rey, y me parece que ya esto es una farsa ridicula, y que es preciso terminarla.

—Pues á fe mia que si no lo sois, teneis con el tal semejanza, que cualquiera que le hubiese conocido, os equivocara con él. Entonces comenzó á enumerarle minuciosamente las dotes, carácter genial, modo de hablar y demas cosas en que se parecia á don Sebastian, con tanta precision, y con tan buenas razones, que Espinosa, sino quedó enteramente persuadido de su completa semejanza con el rey, creyó al menos que se le parecia mucho. Despues de este diálogo, la conversacion giró sobre otras distintas materias, en las que el fraile pudo conocer los puntos que alcanzaba el pastelero, para aprovecharlos en su empresa; y sobre todo procuró inspirarle una grande amistad y confianza, despues de lo cual se retiró dejando á Espinosa caviloso sobre la visita y conversacion del fraile.

Este que ya habia descubierto el terreno bastante para poner en practica su plan, volvió como de costumbre á ver á doña Ana, quien al momento le preguntó si habia adquirido mas noticias acerca del rey, á lo cual le contestó que las cosas se presentaban bajo buen aspecto; y que tal vez no tardaria mucho en tener el placer de verle, mas por entonces y hasta estar asegurado de Espinosa, no quiso decirle que estaba en Madrigal oculto bajo el disfraz de pastelero. Cada dia fingia una noticia referia alguna cosa de las que le habian sucedido á don Sebastian, y se confirmaba en que muy pronto le verian, con lo cual tenia tan persuadida á la inocente señora, que como ella misma confesó, despues de la fé nada era para ella mas cierto. Entretanto fray Miguel visitaba al pastelero con frecuencia, y cuando ya le encontró dispuesto, como si la semejanza que decia tener con el rey don Sebastian le hubiese suscitado la idea, le dijo: vos, aunque lo oculteis, sois hombre noble, dispuesto á grandes empresas, y digno de ceñir una corona. Ya sabeis cuan válida corrió por todo Portugal la noticia de que don Sebastian no habia muerto en la batalla, y vuestra semejanza con él nos abre campo para una combinacion. en que nada aventurais, y podeis ganar mucho. Yo tengo bastante prestigio en Portugal, haré correr la voz de que el rey vive y va á presentarse muy pronto á sus vasallos, escribiré á mis amigos, haré que envien sugetos de su confianza para que os reconozcan, y si ellos se equivocan, como yo me he equivocado, y esto no lo dudo que sucederá, corroborarán la noticia, la harán indudable como testigos de vista, y cuando todo esté dispuesto, vos no tendreis mas que presentaros y ocupar el trono entre las aclamaciones de los pueblos, y despues ¿quién se atreveria á deshacer este error? Contamos además con un auxiliar muy poderoso, doña Ana de Austria monja profesa en el monasterio de esta villa, nos favorecerá sin duda, porque persuadida intimamente de que el rey vive, cuando vos os presenteis, os reconocerá como tal. Nada pues, arriesgais en hacer el papel de rey con una señora inocente, é incapaz de creer que se la engaña, y

cuando mas, delante de muy pocas personas, y si se presentase alguna dificultad insuperable, nada perdemos en abandonar la empresa, mucho mas estando ausentes de Portugal. Decidid pues, y comencemos á obrar de comun acuerdo, yo os instruiré en todos los secretos del rey don Sebastian, aprendereis hasta muchas de sus mismas palabras, sabreis sus inclinaciones, y en fin, contareis con todos los medios, para convencer á cuantos pudieran dudar de la identidad de la persona. Dudo que quedó por algun tiempo el pastelero, pero alhagado por el brillante papel que iba á representar, estimulado por la ambicion de ocupar un trono, y convencido por las razones del astuto fraile, abrazó el partido que le proponia, y de comun acuerdo comenzaron á disponer cuanto á su plan podia convenirles. Los primeros dias los emplearon en instruirse Espinosa de la historia de don Sebastian, de todas las anécdotas que de él se habian contado y de cuanto podia convenir á representarle con mas propiedad, principalmente con doña Ana de Austria, primera persona por donde habia de comenzar su ensayo. Fray Miguel iba preparando el ánimo de la sencilla monja para la primera entrevista, y uno de los dias que le preguntó si habia tenido noticias del rey, la dijo: señora, las tengo tan buenas, que no hace una hora que me he separado de él, y está bueno y con muchísimos deseos de hablaros; aunque no se ha resuelto á descubrirse.

—¿Cómo, vos le habeis hablado? contestó doña Ana con emocion. ¿Pues qué, está en Madrigal?

—Cuatro meses hace que está aqui bajo un traje y condicion bien humilde; pero me habia mandado que nada os indicase hasta que sus asuntos lo permitiesen.

—¡Ah si pudiese yo salir!... ¡Con que placer volaria á su presencia, y le ofreceria mis respetos! Pero vos me haceis el favor de rogarle que venga. ¿No es verdad? ¿Lo hareis?

—Ya habia yo prevenido vuestros deseos, y creo que os visitará; pero el riguroso incógnito que guarda... el traje....

—Ah! que no se detenga por eso; yo no busco el traje sino la persona.

—Es que debo advertiros que en Madrigal se presentó como pastelero, ha establecido su pasteleria, trabaja alguna vez para disimular, y mientras permanezca aqui, tiene que conservar el traje correspondiente á su oficio, porque de otro modo seria llamar la atencion, y el mundo es tan malicioso....

—Si, lo creo, pero asegúradle que no importa, que venga á visitarme con su vestido acostumbrado. ¿Decidme, vendrá pronto?

—Aunque sus asuntos le dejan poquísimo tiempo, yo procuraré que no os retarde el cumplimiento de tan justo deseo. Mas debo advertiros que esta confianza os la hago sin su consentimiento, y aunque venga á visitaros procurará disimular, y se presentará y portará, no como quien es, sino como quien parece ser, porque teme mucho el declararse, antes de que sus asuntos estén cual conviene.

—No importa, en estando en mi presencia yo le descubriré, y mis palabras le inspirarán confianza.

Muy alegre se retiró fray Miguel viendo que ni el traje ni la humilde condicion de su nuevo rey habian hecho titubear á doña Ana, y corrió á ponerlo en noticia de Espinosa, con el cual determinó el día y modo de la entrevista, recordándole todos los datos que en sus conversaciones habia dado á doña Ana para que estuviese apercibido para cuanto pudiera preguntarle. No necesitaba el pastelero muchas prevenciones, porque tenia talento, y naturalmente era misterioso, reservado y enfático en sus palabras, pero el fraile nada descuidaba, todo lo prevenia y no queria omitir la mas minima circunstancia que fuese útil sino para el presente para el porvenir.

Convenidos los dos en que al siguiente dia iria Espinosa á ver á doña Ana, y avisada esta por su confesor, le esperó en el locutorio donde no habia de haber mas testigos que fray Miguel; á la hora determinada se presentó el pastelero en su traje comun, aparentando en su apostura y modo de andar un desaliño grande, y una rusticidad afectada, y en llegando al locutorio se hincó de rodillas con la cabeza descubierta, y con voz bastante desentonada, dijo:

—Vaya, ¿qué tiene que mandar su excelencia?

—Levántese hermano, dijo la monja sonriéndose, y luego se le dirá.

—Bien estoy, contestó, porque de tan baja á tan alta persona no se dan pláticas de otro modo.

—Pues reconocida por vos mi superioridad, os lo mando, levantaos.

—Os obedezco, y se levantó fingiendo no atreverse á levantar los ojos, y dando vueltas entre sus manos al sombrero.

—Decidme, continuó doña Ana, sois vos Gabriel de Espinosa, el pastelero que ha poco se estableció en esta villa?

—Yo soy, si señora, al mandado de su excelencia.

—Seais muy bien venido; yo tengo muy buenas noticias de vos, sé que sois persona muy entendida, y que lo que menos sabeis es el oficio en que ahora os ocupais. Bien quisiera yo daros otro cargo.

—¿Cargos, señora? Tengo yo malos hombros para carga, porque cierto no nací para ganapan.

La monja no pudiendo contener la risa al ver que bien fingia, le dijo, no quiero yo cargaros, sino aliviaros, esto es, proporcionaros una ocupacion mas lucrativa, decorosa y descansada, y quisiera fuese en esta villa porque desearia teneros cerca de mí.

—Gracias, señora, pero yo con mis pasteles....

—Vuestros pasteles están descubiertos para mí; dejad fingimientos, ocupad el lugar que os pertenece, y permitidme desahogue mi corazon. ¿Y cómo el vuestro, por el que circula mi misma noble sangre, ha sufrido estar tanto tiempo hace en Madrigal, sin que yo lo supiese, y confiándose á otros antes que á mí?

Entonces Espinosa tomando un aire de importancia, y gravedad poco comun, se cubrió, y tomando asiento le contestó:—En verdad prima que teneis justísimos motivos de queja, pero hay asuntos de tal importancia, que teme uno que se ha de revelar á sí mismo, y toda precaucion le parece poca.

—¿Y quién, rey y señor mio, añadió doña Ana arrasados los ojos en lágrimas, quien habia de guardaros mejor el secreto que yo, que estoy dispuesta á dar por vos hasta mi vida.

—Lo creo firmemente, pero si os lo hubiera manifestado desde luego, tal vez seria un mal, porque despues de haberme declarado ¿cómo hubiera podido resistir al deseo de veros, de comunicaros mis penas? ¡Y cuánto no hubierais padecido si las circunstancias me hubieran obligado á separarme para volver á correr tierras estrañas y surcar dilatados mares!

—¡Ah, no quiera el cielo que yo os vea partir de Madrigal, como no sea para desde luego subir al trono! Mas no pensemos en esto, pues la sola idea destroza mi corazon y supuesto que ya se acabó la ficcion, y estamos en la realidad, hablemos de lo que tanto me interesa; de vos y de todos vuestros trabajos, disgustos y viages, y tambien de cuando ha de concluir ese incógnito, que tanto os hace sufrir. Pero gracias al cielo, de hoy ya tendreis que sufrir menos, porque vuestro regalo corre de mi cuenta, y procuraré que en él no se eche de ver mi pobreza. El pastelero aceptó gustoso tan generosa oferta, continuó hablando y refiriendo los pasajes de su vida, de que sabia por fray Miguel que estaba enterada doña Ana, pero con tanta magestad y grandeza, con tanta naturalidad y gra-

cía, que si la candorosa señora hubiese tenido algún género de duda, esta primera entrevista se la hubiera disipado enteramente; ¡con tanta propiedad representaba su papel el pastelero! doña Ana no hubiera querido ya separarse del que creía su primo, y no se cansaba de hacerle preguntas, y de oírle contar aventuras estrafalanas; pero fray Miguel que era el móvil principal de aquella máquina, les intimó la necesidad de separarse, lo cual verificaron no sin lágrimas de parte de doña Ana y con mil protestas de amor de una y otra parte, y promesas de parte del rey de que todos los días vendría a verla y aun que comería en el monasterio para tener el placer de disfrutar de la amable conversacion y regalos de su prima.

III.

Gustosísimos se separaron todos tres de la primera entrevista. Fray Miguel se complacía de su acertada elección, porque el hombre por su sangre fría y buena maña para fingir, no podía ser mejor para su intento: Espinosa, había quedado enamorado del candor y credulidad de doña Ana, y para todo trance tenía una amiga de mucha influencia, y su causa se unía a la de una sobrina de Felipe II, y la monja no cabía de contento, creyendo tener la dicha de favorecer a un rey errante y oculto, con quien le unía el mas estrecho parentesco. Cada uno procuró sacar de ella las consecuencias favorables á su intento. Fray Miguel y Espinosa conferenciaron para avanzar en su plan, y doña Ana discurría medios de favorecer y obsequiar al rey. Para poderlo hacer mas cumplidamente, confió su secreto á otras dos monjas sus amigas, dándolas el encargo de disponer la comida y demas que fuese ocurriendo para el regalo del oculto rey, á fin de quedar ella mas desembarazada, y entregarse sin ningún cuidado á su conversacion. Desde esta primera entrevista ya todo fué franqueza y amistad. Espinosa y el fraile acudían todas las mañanas al convento, conversaban largamente con la monja, comían juntos por que el vicario lo disponía á su modo, y las monjas lo toleraban por la alta categoría de doña Ana. Todos los días se ofrecía algo en la conversacion que afianzaba mas á la pobre monja en su error, y las dos amigas se tenían por muy dichosas, cuando eran algun rato admitidas á la conversacion del rey, ó le servían á la mesa. Allí se tomaban disposiciones para la futura administracion del reino, se determinaba la época de la aparicion, y se saboreaban con las mas lisonjeras esperanzas del feliz porvenir que á todos esperaba.

Fray Miguel sin embargo, no estaba completamente seguro de que el pastelero continuase en la empresa, y trató de comprometerle mas, dándole al mismo tiempo una prenda segura, de que no formaba castillos en el aire, y de que en aquel negocio figuraban otras personas de valer. Avisó á don Antonio el bastardo del estado en que tenía el negocio, y de acuerdo con él, y con sus instrucciones emprendieron el camino de Madrigal, el mismo don Antonio prior de Ocrato, y otros cuatro caballeros parciales y amigos suyos. Llegaron de noche á la villa, y fueron en derecha á ver á Fray Miguel, el cual instruyó á tres de ellos en el modo con que habían de visitar al pastelero, y don Antonio y otro quedaron con el fraile. Los tres encargados de alucinar á Espinosa volvieron á salir de la villa; y al amanecer volvieron á entrar en ella dirigiéndose desde luego á casa del pastelero; este los recibió cortesmente, y habiéndole indicado que querían hablarle sin testigos, Espinosa dió orden al ama para que tuviese prevenido algo que comer, y se entró con ellos en una pieza interior. Al momento que estuvieron solos se hincaron todos tres de rodillas, y besándose afectuosamente la mano exclamaron:

TOMO III.

—¡Ah nuestro buen rey! ¡Quién había de pensar hallaros en este trage y estado! ¡Vos tan abatido y nuestro pueblo víctima de una dominacion estrangera! Ah si los portugueses!...

Levantáos, les dijo el pastelero interrumpiéndoles, sentáos, y tened la bondad de decirme quien sois.

—Señor, á oídos de algunos nobles portugueses ha llegado la noticia de que V. M. era vivo, y que se hallaba incognito en esta villa. Este rumor ha corrido varias veces; pero siempre ha sido sofocado; mas ahora tenemos noticias por personas de cuya fé no podíamos dudar, y á nombre de la nobleza del reino hemos venido á reconocerlos, y á ofrecer á vuestros reales pies nuestras vidas y haciendas.

—¿Y creéis, les dijo, con tono magestuoso y resuelto, que el pueblo portugués me recibirá con gusto?

—Señor, el pueblo llora en silencio vuestra desgracia y bendice vuestra memoria, porque ignora qué vivis; pero sufre por fuerza el yugo castellano, y en el momento que sepa que estais vivo lo sacudirá con valor, y lo hará pedazos.

—Y yo les ayudaré y procuraré hacerlos felices. Pero antes es necesario preparar bien las cosas para que en el momento mismo de presentarme, se unan todos á mí.

—Ahora que nosotros hemos tenido la dicha de besar vuestras reales manos, y el placer de hablaros y veros, nadie dudará de vuestra fé, ese es el objeto de nuestra venida, y á nuestra vuelta, la noticia de que aun vivis, correrá como una chispa eléctrica de uno á otro estremo de Portugal, y dentro de poco, bastará que os presenteis para hallaros ocupando el trono que os pertenece.

—No es su brillo el que me hace desear ocuparlo de nuevo, sino la felicidad de mis vasallos.

—¡Oh rey generoso exclamaron los tres, y derramando lágrimas de ternura, hicieron ademán de postrarse para besarle los pies; pero el pastelero se lo impidió, y continuaron largo rato hablando sobre su aparicion en Portugal, sobre el estado del reino, y demas que podían contribuir al logro de la empresa. Concluida la conferencia se volvieron á renovar las lágrimas y protestas, y se despidieron besando humilde y respetuosamente la mano del rey, quien les ofreció de presente algunos regalos que no quisieron aceptar, y muchas mercedes en su futuro reinado. Contentísimos quedaron unos, y otro de su diálogo, porque todos creyeron haber engañado completamente á su interlocutor. Los portugueses fueron á unirse con don Antonio en el parage que les había señalado fuera de Madrigal, y el pastelero quedó entregado á serias meditaciones. No, se decía á sí mismo, esto es mas formal de lo que yo había pensado en un principio, hasta ahora yo no creía que hubiese en este enredo mas que un fraile de una osadía sin igual, y una monja candorosa como una niña de tres años, pero ahora veo que la nobleza de Portugal está en el asunto, y mi semejanza con el rey don Sebastian debe ser tal, que indudablemente me tendrán por él mismo; estos caballeros que acaban de salir, conocerían perfectamente á don Sebastian, y no han titubeado un momento, y su emocion, sus lágrimas, sus palabras, todo me confirma que me tienen por el mismo. Pues si esto ha sucedido á unos hombres enviados de intento para probar si yo era el rey, es claro que el pueblo en el que habrá muchos millares que jamás le hayan visto, me reconocerá tambien. La empresa, pues, no es tan descabellada como creí en un principio, y es necesario decidrnos enteramente á su logro.

La visita de los portugueses, y estas reflexiones le habían entretenido mas de lo acostumbrado y doña Ana le esperaba con impaciencia, aunque fray Miguel había procurado tranquilizarla. Luego que llegó comenzó la monja á quejarse de su tardanza; pero Espinosa les re-

firió lo ocurrido, que no causó poca emoción en doña Ana, ni poca alegría en fray Miguel, que veía que sus disposiciones salían perfectamente y producían el efecto deseado. La visita, pues, fué aquel día larga y animada y todos manifestaban en su semblante la alegría que reinaba en su interior.

Todavía le quedaba á fray Miguel otra empresa que acometer, también el amor había de figurar en su vasto enredo, y determinó emplearle como un agente muy poderoso, y para sus miras de grandes resultados.

—¿Qué os ha parecido doña Ana? preguntó á Espinosa, un día que comía solo con él.

—Es joven, agraciada, y candorosa como un ángel, contestó el pastelero.

—Y tanto replicó el fraile, que la juzgo digna de una corona. Vos, creo, no dudaríais en sentarla á vuestro lado, y hacerla participante de la felicidad que os espera.

—Ojalá fuera posible; pero sus votos...

—Ah, cuando se trata de un rey no hay votos, la voluntad de los reyes se escuda con el pretexto de la felicidad de sus vasallos, y esta lo cohonesto todo. Además que esta dispensa de votos, no es una cosa nueva en el mundo; se ha concedido á algunos otros monarcas, y aun á particulares, por circunstancias especiales, y en este caso yo me encargaría de que el Santo Padre mandase las bulas de dispensa.

—Mas aunque así sea, estais seguro de que doña Ana corresponderá á mi amor? ¿Su delicada y pura conciencia le permitirá obrar contra el voto solemne?

—La deferencia con que os mira, el interés que por vos se toma me hace creer que vuestra persona no le desagrade.

—Pero esta deferencia dimana de que cree que soy su primo hermano.

—No importa, ese interés de la sangre no tardará tal vez en convertirse en amor, y en cuanto á su conciencia, en persuadiéndola que es voluntad de Dios, del Pontífice y vuestra, no tendrá valor para resistir.

—Y como me he de atrever antes de estar en el trono á indicarle....

—Ese cuidado es mío, yo la hablaré, exploraré su corazón, y vos encontrareis el camino abierto para hablarla de vuestro amor.

Convenidos en esto, marchó fray Miguel á hacer de tercero con doña Ana, que le recibía siempre como á un hombre inspirado de Dios, tal le creía la inocente señora, y después de haber hablado sobre el estado del negocio, y de las fundadas esperanzas que tenían de que muy pronto estaría Espinosa sentado en el trono, la preguntó el fraile: y vos señora, no os alegraríais de acompañarle?

—Con mucho gusto vería su vuelta al trono, y el entusiasmo con que le recibirían sus vasallos, pero no puede ser.

—¿Y por qué no puedeser? Tal vez para entonces habrán cesado todos los inconvenientes.

—En verdad que no os comprendo, padre, por que la clausura será lo mismo entonces que ahora.

—Pues esa clausura podría muy bien no existir ya, si vos quisierais...

—No jamás, jamás pretenderé salir del monasterio, donde me he propuesto vivir y morir.

—¿Y si hubiera algún motivo tan poderoso que os hiciese mudar de resolución?

—No creo que pueda haber ninguno.

—¿Y si don Sebastian os lo suplicase?

—Aunque con sentimiento me negaría. ¿Y por qué había de querer mi primo que yo obrase contra mi conciencia sólo por un capricho?

—Suponed que quería dividir con vos su felicidad, tomáros por esposa.

—No puedo suponer semejante cosa, por que sabe muy bien que mis votos se lo impiden.

—Es que el Santo Padre dispensaría esos votos, y entonces con toda seguridad de conciencia podríais en el esplendor del trono y entre los brazos de un esposo que idolatraría en vos, poner en práctica las virtudes que habéis aprendido en el monasterio.

—Sin embargo, aun así no me decidiría.

—Pues, señora, fuerza es decidirse, y hablaros sin rebozo. Vuestro primo me ha dado el encargo de hablaros de su amor, tiene por vos una pasión vehemente, y dice que no podrá ser feliz si vos no unís vuestra suerte á la suya, ¿y queréis añadir este tormento mas á los muchos que ya sufre?

—¡Dios mío! exclamó entonces doña Ana conmovida, bien sabéis que deseo toda su felicidad, y que por ella daría la vida, ¿pero como puedo complacer al rey sin faltáros á vos?

—Señora, ¿y acaso sería faltar á Dios conformarse con su voluntad, hacer lo que el Sumo Pontífice autorizaria, y seguir lo que yo os aconsejo?

—Vos padre ¿creeis que esta sea la voluntad de Dios, y me aconsejais que lo haga? pues bien, vos cargareis con la responsabilidad, y os protesto que mi propósito era vivir tranquila en el monasterio, y solo en vista de la licencia del Santo Padre accederé á los deseos del rey, á quien direis de mi parte que aceptaré gustosa el honor con que me distingue, con tal que se cumplan las condiciones indicadas.

—Descuidad, señora, que yo me encargo de todo, yo multiplicaré mis oraciones y ayunos, para que el Señor nos ilumine, y yo escribiré al Santo Padre para que vuestra conciencia quede del todo tranquila. Mas entretanto, dad vuestra palabra al rey, manifestadle cariño, y proporcionareis un gran consuelo á su ánimo atribulado.

Doña Ana accedió por que no podía resistir al ascendiente que el confesor había tomado sobre ella, y siempre en lo sucesivo manifestó su deseo de hacer únicamente la voluntad de Dios manifestada por la bula del Santo Padre, y por las seguridades que le daba su director espiritual. Este había logrado ya su objeto, y los que hasta entonces se habían mirado como primos, comenzaron á tratarse como amantes. Espinosa, instruido por fray Miguel de la respuesta de doña Ana, se mostraba cada vez mas fino y obsequioso, y cuando estaba en su presencia olvidaba ó afectaba olvidar sus negocios de rey para entregarse todo al amor. Doña Ana sencilla y candorosa no podía ser insensible á tantas pruebas de cariño, y á tan risueño porvenir, pero jamás sus labios pronunciaron una palabra que desdijese de su pureza virginal, ni su corazón palpó jamás sin que se uniese á la voluntad de Dios. Sin embargo ya lo que pertenecía á Espinosa la interesaba, y un día dijo. —Me han dicho teneis una niña sumamente linda, ¿por qué no la mandais traer para que yo la vea?—Con muchísimo gusto lo haré, y al momento enviaron por la niña, que era en efecto hermosa y despejada, y con un rostro y mirar lleno de dignidad. —¿De quien es esta niña? preguntó con interés la monja. —Es mi hija, contestó el pastelero habida hace dos años en una noble doncella de Oporto. —¿Y cómo su madre tuvo valor de abandonarla?—¡Ah! su madre quería conservarla, y yo me vi en grandes apuros para poderla sacar de su poder, pero lo conseguí, y precisado á guardar el incógnito, no tuve mas remedio que abandonar á la madre por conservar la hija.

—Sí, en efecto es muy digna de vuestro aprecio, por que es hermosa.

—Miradla bien, señora, que en su rostro está grabado muy bien el origen de donde descende, es el retrato de la familia real portuguesa.

—En efecto muchísimo os parece, por lo tanto yo quiero que me la traigan á menudo, y tendré un placer en regalarla, é irla educando cual corresponde á su elevado rango.

Doña Ana estaba siempre ocupada ya con la hija ya con el padre, este no olvidaba su empresa amorosa, y cada día estaba mas galán y rendido con doña Ana, que insensiblemente iba tomando gusto al lenguaje del amor y perdiendo los temores de conciencia que antes tanto la afligian, gracias á los despreocupados consejos de su director. Este no cesaba nunca de revolver en su fecunda imaginacion nuevos medios de asegurar su empresa, ni de echar mano de cuanto podia contribuir á afianzar mas la idea de que el pastelero era el rey de Portugal; y recordando lo que habia sucedido en Guimaranes al licenciado Mendez Pacheco, que ya hemos referido, comenzó á instarle por cartas viniese á establecerse á Madrigal, pensando con mucha razon, que si el médico llegaba á asegurar que el pastelero era el mismo que el habia curado, ya no habria quien dudase de que era el mismo don Sebastian. El médico resistia venir, por que tenia un buen partido en Portugal, pero fué tanto lo que el fraile le instó, tantas las promesas que le hizo, y tantas las ventajas que le pintó conseguiria por el influjo de doña Ana de Austria, que el médico por fin se resolvió y vino á Madrigal. Fray Miguel le recibió con muchísimas pruebas de afecto, y le renovó las promesas que le habia hecho por escrito; citándole para ir á visitar á doña Ana dentro de algunos dias. Asi lo verificaron y la monja le rogó le refiriese lo que le habia sucedido con el enfermo de Guimaranes, lo cual el médico repitió segun queda dicho. Entonces fray Miguel le preguntó.—¿Y si vd. viese al que entonces curó le conoceria?

—Ya habeis oido, contestó el médico, que tuvo siempre cubierto el rostro, por lo tanto no puedo reconocerlo.

—Mas por la estatura, por su configuracion, ó por alguna otra señal ¿no podriais venir en conocimiento de si era el mismo?

—Aunque poca idea se puede formar de un hombre á quien siempre se ha visto en la cama, sin embargo podria decir al poco mas ó menos que tenia alguna cualidad semejante, y mucho mas, si veia la cicatriz de la herida que le curé, pero jamás podria asegurar que era el mismo.

—¿Y conocisteis al rey don Sebastian antes de su jornada de Africa?

—Perfectamente, le habia visto muchas veces, y aun conservo muy bien su fisionomia.

La entrada de Espinosa interrumpió este diálogo: el pastelero con mucha magestad y desenfado le hizo algunas preguntas de su país, habló de cosas insignificantes con los demas, y segun fray Miguel lo habia dispuesto, se retiró al momento.

—¿Habeis observado á ese hombre que acaba de salir ahora? preguntó el fraile al licenciado Mendez.—No recuerdo haberle visto en mi vida antes de venir á Madrigal.

—¿Pero le habeis mirado bien?

—Perfectamente porque desde luego noté que su tono imperioso, y sus modales finos están en contradiccion con su trage humilde, y esto me llamó la atencion y me hizo observarle con cuidado.

—¿Y no encontráis en él alguna semejanza con el que curásteis por encargo de doña Francisca Calva?

—Como ya he dicho que á aquel no le vi mas que en la cama no puedo decir; pero me parece...

—¿Qué, que es el mismo? ¿No es verdad? dijo con interés doña Ana.

—Antes por el contrario, parece hombre este de mas edad y mas enjuto.

—Ah, no es extraño, añadió el fraile con viveza, hace ya nueve años que le carásteis, y los trabajos han podido causar esta pequeña variacion, mas segun habeis dicho conocisteis perfectamente al rey don Sebastian, antes de su expedicion á Africa, ¿no es asi?—Exactamente.

—Pues entonces no dudo que encontrareis una gran semejanza entre este hombre y el dicho rey?

El médico que ya por las preguntas que habian precedido estaba sumamente alarmado; recordó las galeras y trabajos que habia sufrido en otro tiempo, y sea por el temor de que le sucediera otro tanto, ó por que efectivamente asi lo sintiese, contestó con resolucion.—Yo no encuentro semejanza ninguna entre este pastelero y don Sebastian.

—No extraño que deis esa contestacion, le dijo fray Miguel con dulzura, por que como el decir la verdad os costó en otro tiempo tan caro, pensareis que ahora ha de ser lo mismo; pero os engañais, el señor don Felipe II es un monarca sumamente justo, y lejos de sentir que don Sebastian esté vivo se alegrará muchísimo de encontrarle, y no dudo que premiará largamente al primero que le dé tan agradable noticia, y si vos no desaprovechais esta ocasion, y le reconocéis como es justo, la señora doña Ana escribirá á S. M. y os recompensará cual mereceis, con que hablad con franqueza y decid si se le parece.

—Ni de mil leguas contestó el médico.

—¿Con que os empeñais, dijo doña Ana en negar lo que todo el mundo reconoce, y vos mismo estais viendo?

—Señora, he dicho que no encuentro semejanza ninguna y no hay que molestarse, porque no diré otra cosa, no se le parece en nada, en nada absolutamente.

—Pues retiráos de mi presencia, dijo con enfado doña Ana, porque los portugueses sois tan vanos é hinchados, que por que le ves en ese trage tan vulgar te empeñas en no reconocer á tu rey y señor.

El médico se levantó y salió del convento receloso y aturdido, porque no sabia á donde podian dirigirse tantas preguntas, y tan obstinado empeño en que confesase que aquel miserable pastelero era el rey don Sebastian. Fray Miguel no podia contener la cólera viendo la negativa del médico, porque hasta entonces era el único en que habia encontrado resistencia, pero disimuló, esforzándose en corroborar la idea de doña Ana, de que lo habia negado por vanidad.

Entre tanto fray Miguel continuaba su intriga con ardor y daba parte de todo á don Antonio, quien tampoco por su parte se descuidaba. Ya sus emisarios habian comenzado á divulgar por Portugal que el rey don Sebastian vivia y que se encontraba en Madrigal, villa á tres leguas de Valladolid. Los que estaban en el secreto, afectaban creerlo y citaban varios sugetos que lo habian visto y hablado, y otros enviaban alguna persona para que lo viese y les informase de la verdad; y como fray Miguel era un hombre tan acreditado y estimado en Portugal, y se tenia tan buena idea de su ciencia y santidad, los mensajeros venian regularmente dirigidos á él, y la mayor parte ó no veian al pastelero, ó le veian de noche, ó en alguna habitacion de poca luz, y siempre despues de las prevenciones que les habia hecho el fraile, con lo cual todos se volvian á Portugal tan satisfechos y contentos de haber visto á su rey, y se lo juraban y aseguraban á los que los habian enviado, de modo que esta voz andaba muy válida en todo el vecino reino.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.



Templo de santa Maria de la Salud en Venecia.

CATALINA CORNARO.

(Novela histórica.)

I.

«Oh! por fin apareció la deseada aurora de mi vida; la del día en que he de consagrar al pie de los altares mi fé y mi existencia al ser que el corazón adora. Si, mi Gerardo, dentro de algunos instantes pronunciará el lábio un sí solemne que nos unirá para siempre como se unen los eslabones de una cadena. Ah! sino fuera por que en tus brazos, hasta la esclavitud misma sería una felicidad, cómo renunciar á la libertad que poseo y que me permite aspirar el aroma de los placeres, sin mancharme su liviandad, como sin deshojarlas aspira la vagabunda mariposa el jugo de las flores!

«Y á pesar de estos encantos, qué horas tan fatales! sufre mucho el alma pensando en el sacrificio que voy á cumplir; sacrificio que largos días he ambicionado, como último término de mis deseos, y el que ahora casi me causa terror, al mismo tiempo que quisiera ver realizado ya, por que su tardanza me inquieta, y porque pienso que es harta dicha para alcanzada en el mundo. Si, Gerardo mío, por leve que á las mugeres nos parezca el yugo que impone el hombre que se ama; cuán ingratos son los momentos que preceden al acto solemne! qué transición se opera en un instante! adoptar como propio un nombre nuevo, seguir la suerte de un esposo, crearse deberes sagrados, renunciar un estado de frivolidad y merecimiento, por otro de desvelos, trocar el mundo de ideales fantasías, de brillantes ilusiones por otro de frias realidades, de incierto aunque imprescindible porvenir.... Ah! pero estoy loca? lloro y si Gerardo viera derramar estas lágrimas, creería eran otras tantas protestas de su amor, que desvario! enjúguese el llanto importuno, guárdelo el corazón mío en su mas apartado seno, donde debe conservarlo para dar treguas hoy al contento y la alegría. Si, por que afligirme cuan-

do mi estrella me hace presentir que seré muy dichosa con el esposo que el cielo me destina? ¿por qué cuando mi pensamiento debe volar lisongero en alas del amor? Gerardo, esposo mío, corre; cómo los ecos no llevan hasta ti mis amorosos acentos? cómo no has acudido fiel á la voz de la que hoy ha de jurarte su consagración, de la que de hoy mas debe consolar tus aflicciones, mitigar tus pesares, aliviar tus dolores y ser la compañera agradecida de tu existencia? Dios mío! dignaos bendecir nuestra union con vuestra mano celestial, dirigidnos una mirada compasiva y protectora, velad por que los nudos que hoy van á estrecharse sean tan indisolubles como el mármol, tan duraderos como la vida!»

De esta suerte espresaba una doncella veneciana, la hermosa Catalina Cornaro, las inquietudes que asaltaban su pecho el día designado para su enlace, y sus esperanzas y las preces que elevaba al Ser Supremo implorando su protección divina.

—No viene aun, añadió asomándose á un balcón, desde el que descubria la campiña y las agujas de las torres de la hermosa Venecia; qué puede detenerle hoy mas que otros días en la ciudad? ignorará acaso mi impaciencia y que solo está mi alma tranquila cuando á mi lado le oye repetir las promesas que me ha hecho su corazón. Ah! ya ha andado el sol casi la mitad de su camino, nunca se ha hecho esperar tanto y ahora que debía volar á mi encuentro, no llega...—Catalina! hija mía! exclamó la voz de un hombre que interrumpió á la joven en sus reflexiones.—Sois vos ¡amado tío!—Sí, hija, yo que vengo para felicitarme contigo de la dicha que nos concede el cielo. Dios parece que atiende á mis votos, concediéndome la única recompensa posible en mis cansados días; pero y Gerardo, como no está aquí? cómo no ha venido aun?—Eso queria me dijerais vos; pensando estaba en averiguar el motivo que ocasiona una tardanza que me inquieta; qué puede haberle sucedido?—Hija mía, nada, son muchas las ocupaciones de un amante en día tan venturoso, nada te inquiete que pronto llegará.—Sí; pero nunca ha tardado tanto!—Nada hay que extrañar; querrá ataviarse convenientemente para parecer mas galán; pero ahora que reparo, tu no has comenzado aun tu tocador y el tiempo vuela; vengo ahora mismo de dar las últimas órdenes á fin de que todo esté dispuesto para el toque de oraciones, en la iglesia de santa Maria nuestra patrona:—Sí, teneis razon; pero Gerardo....—Gerardo ya vendrá. Ve, corre á que tus doncellas no perdonen medio de que sea la reina de la fiesta, la mas hermosa de las damas que á ella han de concurrir; el que va á ser tu esposo, aguardará tal vez á venir reunido con sus amigos; no te detengas ve y...—Sintiera interrumpiros... exclamó desde la puerta la voz grave de un noble señor veneciano.

—Dios mío! que traerá este fantasma, dijo Andres entre si reparando en el recién llegado. Un miembro del consejo en mi casa; nada bueno me hace presentir; su aparición casi turba mi contento.

—Quién será este hombre! repetía en su mente Catalina sobrecogida por su aspecto siniestro.

—Perdonad si hasta aquí he llegado sin anunciarme, añadió; pero tenia que hablaros de un asunto urgente.—Oh! no importa; vos sois bien recibido de cualquier manera que lleguéis, pero ahora...—Seré breve.—Bien; Catalina, retirate; pronto iré á buscarte.

La joven salió del salón despues de hacer una cortesia al recién llegado, y de tomar la mano del anciano y de besarla con toda la efusión de su alma.

—Estamos solos?—Solos estamos, puedes hablar sin reparo, nadie nos escucha; pero mi buen Mocénigo, la sangre se me hiela en las venas al contemplar tu frente sombría y tu misterioso aspecto; habla.—Soy portador de un

mensaje que para ti me encarga el consejo de los Diez, secretamente congregado.—Del consejo, exclamó Andres con terror.—Sí; no has otorgado la mano de tu sobrina á Gerardo de Coucy?... No debía celebrarse su boda....

—Hoy mismo.—Pues bien, rehusarás servir á la política del consejo, secundando sus intereses? querrás anteponer tus proyectos á la grandeza y al bien de nuestra república?—Acaba, te escucho.—En nombre de la poderosa Venecia te hablo en este momento supremo: como ciudadano estas sometido á sus leyes y á las decisiones del consejo, que ordena, rompas al punto esa proyectada alianza.—Gran Dios, eso exige de mí ¿que deshaga un himeneo público ya y al que tengo empeñada mi palabra? Imposible. Reducir á la desesperación á dos seres que se aman.... mi conciencia no lo permitiría.—Pero Venecia lo manda y es fuerza cumplir sus decretos: tu dignidad pertenece al estado lo mismo que tu vida en un día de combate!—Y qué! he de ser yo mismo quien rompa juramentos tan solemnes consagrados por una promesa mia, y yo mismo el que se retracte de su palabra. No, no, y mil veces no; mi brazo y mi sangre de Venecia son, mi dignidad y mi honra son mías. Gerardo, el esposo que Dios la ha destinado no debe tardar en llegar...—Tarde será! replicó friamente Mocénigo.—Dices que tarde!...—Sí, el consejo lo prevee todo.—Gran Dios, que vais á hacer de él?—Lo que tú dispongas; por ahora está en parage seguro; Catalina y tú vais á decidir su suerte.—Dios mío su amor le pierde.—Aun puedes salvarle, atiende, te se ofrece para tu sobrina, en vez de un extranjero, de un simple caballero francés, un partido tan brillante como tu orgullo jamás pudiera imaginarlo, se os ofrece....—Aunque fuera una corona, interrumpió el anciano Andres con dignidad.—Es una corona! replicó friamente Mocénigo.

—Que escucho?—Es para un rey la mano de tu sobrina.—Un rey en mi familia! la vista seme conturba.—Sí, es preciso que no ignores la importancia del secreto que ahora ocupa á la república. El culpable pueblo cipriota ha hecho bajar del trono al último descendiente de sus reyes, y Venecia pronta siempre á volar en auxilio de la desgracia ha jurado sostener al último Lusignan.—Y bien; eso que me importa?—Qué te importa? escucha: la república repondrá en el trono al ilustre proscrito, y para que en adelante no se altere un pacto de alianza benéfico á nuestra política y ulteriores intentos, Venecia, la hija de san Marcos, le escoge una doncella cuya mano le otorga y cuya frente debe ceñir una corona. Esta doncella es tu sobrina, es tu sangre la que la patria eleva á tan alta esfera.—No es posible.—El consejo soberano funda su esperanza en tu acatamiento á sus decretos, en tu amor á la república. Además, quién á tientones puede igualar? tío de una reina; quién en honores y riquezas competirá contigo? tu ambición estará entonces satisfecha, Catalina, será el ídolo de un pueblo entero... Aceptas?—No lo sé.—Yo volveré á saber tu respuesta.

—Muger de Lusignan! esposa de un rey, murmuraba el pobre anciano, presa su alma de los afectos mas tiernos y encontrados.—Piensa añadió Mocénigo, que el secreto y la respuesta te importan la vida; que Venecia te ofrece generosa la gloria, que te ha escogido para ensalzarte; pero que tambien guarda su venganza para aquellos de sus hijos que no secundan sus votos. Adios, hasta dentro de una hora; entretanto escoge... la grandeza ó la muerte!—Y Gerardo! exclamó cayendo sin fuerza sobre un sillón. Gerardo vendrá?—Tal vez... dijo retirándose.—Cuándo?—Cuando me comuniqués tu resolución, replicó con la mayor calma.—Ah! comprendo, comprendo murmuró el anciano, cubriendo su rostro con las manos; no hay dicha completa en el mundo.

Permaneció algunos instantes absorto en sus meditaciones, inmóvil como si le hubiera herido un rayo, hasta que al cabo de un rato, recobrando algun tanto su energía, gritó llamando á uno de sus oficiales:—Waldi!

Waldi!—Señor.—Que se suspendan los preparativos de la ceremonia nupcial; avisad en la iglesia y decid cuando lleguen los convidados, que un accidente imprevisto, una repentina indisposición de mi sobrina, demora el anunciado consorcio, y llamad al punto á Catalina. Entretanto se paseaba á grandes pasos por el aposento dando muestras de la mayor agitacion.

II.

Sola, abrumada de pena estaba la hermosa Catalina en su oratorio: era de noche y la débil claridad de una lámpara alumbraba con luz incierta y pavorosa: la brisa penetrando por la ventana que daba sobre el canal de Venecia, agitaba la llama amenazando extinguirla, mientras que los rayos de la luna quebrados en las apacibles ondas, reflejaban su pálido fulgor en los sombríos rincones de la estancia. Todo yacía en el mas profundo silencio y soledad, poblando únicamente los aires de vez en cuando, las tonadas amorosas de los gondoleros que cruzaban el canal, y que los ecos repetían en las bóvedas del oratorio.

La cuitada doncella, que hasta entonces habia permanecido sentada en un hondo sillón inmóvil como una estatua y sin proferir palabra alguna, pasó la mano por su frente y exclamó con acento dolorido:

«Cantad, cantad alegres gondoleros; espresad vuestro contento mientras amarrais las barquillas para retiraros á los bienhechores techos en que os aguarda la felicidad; cantad, mientras lloro yo; cantad vosotros que por todo hogar poseéis una cabaña, por todo tesoro una góndola frágil, mientras que estas eternas paredes repiten multiplicados mis suspiros, mientras que el dolor mas profundo se interna en los palacios que envidiais en vuestros sueños. Ah! corred en busca de vuestras amadas, contadlas agrupados en derredor del benéfico fuego del hogar las aventuras del día, depositad en su seno las inquietudes que agita el corazón, vuestras esperanzas en el porvenir, concertad vuestros enlaces; sed felices en brazos de vuestras esposas, arrullad en los vuestros los tiernos hijuelos, y vivid contentos sin envidiar riquezas viciosas y la liviandad de la hermosura.

«De que sirve, añadió, poniéndose en pie con acento que descubría su creciente exaltación, de que sirven los timbres orgullosos de la nobleza, de que los inmensos tesoros, de que la juventud y la hermosura, si es verdad al alma la donación de los mas íntimos afectos? Te envidio pobre gondolera, que al menos en tu humilde esfera no perderás al que amas, el bien supremo: envidio tu pobreza y hasta tu fealdad si eres fea, porque no tendrás quien ponga barreras á los impulsos de tu corazón. Si, y he de ser yo mas desgraciada que la mas infeliz veneciana; ha de ser de peor condicion la hija de un noble patricio? No; me arrebatan la dicha, me arrebatan el que es mi esposo delante de Dios, y he de someterme resignada á una suerte tan páfida? no, antes que se cumpla mi destino cruel, me resta un recurso.... la muerte, si, la muerte que calma todos los dolores, que cicatriza las llagas mas profundas... Ea, Catalina que te detiene? se decía á sí misma: valor, resolución, añadió dirigiéndose hacia la ventana; las aguas del canal te convidan á sepultar en su arenoso lecho los pesares que te abruman...!!

Con paso firme y ademan resuelto llegó Catalina á la ventana, abrió sus vidrieras, contempló un instante la imagen del astro de la noche retratado en las aguas, y lanzando un grito penetrante exclamó cayendo arrodillada:

«Perdon, Dios mio! me falta valor; perdonadme, ya que me quitais la energía necesaria para terminar mis horas, perdonadme y apiadados de mi desventura. Ah! se me abraza la frente, soy una cobarde, tengo miedo de

morir.... Rezaré, buscaré consuelo en la oración y pediré á Dios abrevie el término de mis días sin reposo ni felicidad posible en la tierra; quizás orando conseguiré apartar mi corazón de las pasiones mundanas, quizás me otorgue un refugio piadoso en la calma y el olvido!!

Acercóse lentamente á un reclinatorio que allí habia arrodillándose ante él, y al abrir su libro de oración, hizo un movimiento de sorpresa:

«Que veo, cielos! exclamó poniéndose en pie; un papel escrito, una carta en este santo libro y de Gerardo!... Quien lo ha puesto aqui? Ah! una esperanza aun: veamos; este papel contiene mi sentencia:»

«Cuando despues de media noche oigas sobre la laguna el melodioso canto de un gondolero, no abrigue tu pecho temor alguno, no tiembles. Abre lentamente y sin ruido la ventana: seré yo mismo que intentaré combatir el horrible infortunio que separa dos corazones que se aman, dos corazones que Dios mismo ha consagrado uno para el otro.»

«Yo temblar! exclamó Catalina con entusiasmo; cuando será la voz de mi Gerardo la que me llame? Gerardo, bien mio, la hija de Venecia permanecerá siempre fiel á la fe prometida; sabe esperar y sufrir, sabe amar y morir si es necesario. Oh! bien lo veo; Dios no nos abandona aun, restituye á mi pecho la esperanza, abre á mi porvenir la puerta de los cielos. ¡Madre del Señor proteged los proyectos de mi amante, velad sobre él...

Espresaba así, hablando consigo misma la desventurada Catalina, las encontradas ideas que fermentaban en su cabeza, volcanizándola el pecho, y entregada á los arranques de su exaltada mente, no sintió que se le acercaba el anciano Andrés, conmovido al considerar un momento el trastorno que pocas horas habian operado en la pobre niña. Cuando esta reparó en la sombra que producía la figura del anciano, se volvió rápidamente.

—No me acusen tus pesares, hija mia. Pensabas acaso ahora, que haya yo decidido sin vacilacion y sin dolor, romper unos amores que desde luego merecieron mi sancion? No, mi Catalina, no; hubiera ultrajado entonces los mas sagrados derechos del corazón humano; violaría mis deberes y un peso enorme afligiria mi conciencia; no, no soy yo, es la república quien soberanamente lo ha dispuesto así; no ignoras á que alto punto raya su poderosa voluntad; no ignoras que nada hay capaz de conjurar su venganza; por tí, por tí únicamente hija mia, he temblado.—Dios que lee en los corazones, os juzgará; replicó friamente Catalina.—Cuento con parecer ante él sin temor ni remordimiento!.. pero hija mia, tú no sabes aun los misterios de Venecia, no conoces toda la estension de tu desventura! no sabes que el arrancarte de los brazos de un esposo, es para echarte en los de otro...—En los de otro?—Si.—Eso no puede ser; contestó la jóven, yo no puedo ser perjura, quien ha de impedir que yo sostenga mis sagradas promesas? Con qué derecho pretendierais estorbarlo vos? replicó con una sonrisa que revelaba la decision de su pecho.—Con el que me legó tu padre sobre su lecho de muerte; yo ocupo su lugar en la tierra desde que Dios se sirvió llamarle á su seno, á mí me invistió con su poder supremo. Solo yo alcanzo á comprender la inminencia del peligro que te amenaza; cumplo con un deber rompiendo la alianza proyectada, y tambien si en un amor naciente hay gloria capaz de ahogar los recuerdos del corazón, te se ofrece al menos un rango y un nombre digno de tí, mañana Catalina serás la esposa de un rey.—La esposa de un rey! jamás—Escucha...—Catalina Cornaro, exclamó la jóven con energía, desprecia de la misma suerte los rigores que las pomposas y deslumbradoras ofertas de Venecia; no hay humana voluntad que pueda obligar á una muger, á aceptar un esposo que no ama, la suerte de mi mano no depende del consejo, ni de vos! —Ah! si no hubiera de atender mas que al riesgo

mio, con gusto arrostraría el enojo y la cólera de Venecia; no hubiera vacilado en sostener la solemnidad de mi palabra, aunque pendiente de mi cabeza vibrara un puñal homicida; mas sucumbir sin abrigar el consuelo de salvar á tu amante... de salvarte á ti misma...—Qué decís? repuso Catalina con terror.—Ese consejo cuyos golpes desafías, ese consejo á quien no teme tu valeroso pecho, lanzará su saña hasta el objeto de tu cariño. —Sobre Gerardo! —Me has comprendido, contestó el patrio Andrés con acento solemne! Que Dios preserve vuestros días, añadió, dejando sola á la jóven.

Silenciosa y abismada permaneció algunos instantes, hasta que detras de sí oyó pronunciar su nombre. Era Mocénigo que sigilosamente penetraba por una puerta secreta. Catalina clavó sus ojos con temor, en la siniestra figura de aquel hombre.

—Salud, noble Catalina.

Sobrecogida la jóven, no hallaron palabras sus lábios para contestarle.

—Mas tarde debe venir aquí Gerardo de Coucy, no es cierto?—Cómo!—Después de media noche.... —Lo sabe, murmuró la jóven. —Viene con designio de arrebatarnos; la república nada ignora, os ha escrito.... —No es verdad. —Si; si, yo mismo he sido el conductor de la carta. —Oh! traición. —Pero ahora lo que importa es que sepais las prevenciones soberanas que en nombre de la patria os hace el consejo: si queréis salvar la vida de Gerardo es menester decirle aquí mismo cuando venga, que vuestra alma le olvida, que la fortuna os reserva mas brillantes destinos; que no le amais ya. —No, no, sería una blasfemia! —Bien; obrad como gustéis; pero pronto suspirará el pecho y gemireis por la malhadada suerte de vuestro amante, dijo Mocénigo retirándose por donde había entrado. —Y quien se ha de atrever á herir el noble corazón.... —Sus brazos! añadió saliendo de la estancia y mostrando detras del tapiz que lo ocultaba ya, tres hombres con el puñal en la mano; tres dóciles instrumentos de los designios republicanos.

Cual herida de un rayo quedó de suspensa la pobre Catalina que no acertaba á explicarse la conjuración que contra sí estallaba; mas de una hora se pasó sin que sumergida en el espanto, surgiera á su mente una idea consoladora y risueña, y ni el rumor mas leve turbó el recogimiento que reinaba en el oratorio. La jóven permaneció mas bien que sentada, desmayada en un sillón, hasta que los ecos, veloces mensajeros, condujeron en sus alas sonidos lejanos y apagados que la sacaron de su asombro escitando su atención.

—Esa voz... exclamó, con tembloroso acento.

En aquel instante las campanas de todos los relojes de Venecia comenzaban unos despues de otros á determinar que espiraba un día y nacía otro; unos con sus graves tañidos parecían entonar los cantos solemnes del que enterraban, mientras los otros con atiplado y agudo chillido parecían festejar al recién nacido.

—Las doce, añadió Catalina con sobresalto, es la hora..

La voz íbase haciendo cada vez mas perceptible; era una voz que al carecer de otro anuncio, hubiérasela creído en aquella mitad de la noche, y venida de lo lejos del canal, el canto de la sirena que de lo mas profundo de las aguas atraía al incauto paseante; era una voz que á escucharla el Petrarca, no vacilara en aceptarla por intérprete de sus cantos á Laura; entonaba una balada amorosa, llena de sentimiento y bajo el tema de las de los gondoleros.

Catalina escuchaba llena de sobresalto; aquellos acentos correspondían á los latidos de su corazón, dudaba aun, hasta que despues de un momento exclamó:

—Oh dioses!... esa voz es la suya.

Poco á poco íbanse percibiendo mas claros los sonidos; despues de un breve rato la misma voz cantaba de bajo de la ventana.

—Es él, no hay duda, añadió mirando al canal, cómo prevenirle?... ya sube, Dios mio! dadme valor.

Un hombre escalaba el muro.

—Catalina, Catalina! exclamó Gerardo salvando la ventana y plantándose de un salto en la estancia. He pensado morir; me parece que sueño al verme aquí; tú eres árbitra de mi vida, dulce amiga mia, quiero arrancarte á tu suerte cruel. —Gerardo! exclamó Catalina con amoroso acento. —Cuando rápida nuestra barca toque la opuesta orilla, nada temas; un amigo fiel, un guía seguro nos conducirá al puerto; la noche protege mis intentos, apiñados nubarrones empañan la claridad de la luna, y cada vez váestando mas oscura, y la amistad vela por nosotros y hará lo que falte; mas no hay que perder tiempo, que harto me han hecho perder hoy. —Cielos! Gerardo!... que he de decirle? —Suspiras? estando á mi lado.

La pobre Catalina se inquietaba pensando: la felicidad aquí.... la muerte si doy un paso.

—Gran Dios! tu no participas de mi dicha y de mi encanto. —Si, sino la turbación que me oprime.... —Estando yo á tu lado!

Pálida como un cadáver, incierta y trastornada la pobre jóven, no sabía que hacer ni que contestarle; solo en secreto pedía á Dios le diera fuerzas y resolución: es menester que le olvide, es menester, se decía, que al menos lo escuche de mi lábio, y en qué momento? cuando viene á jurarme un amor eterno! No, no; antes es preferible la muerte.

—Vamos, continuó Gerardo señalando á la ventana é interpretando su indecisión como falta de ánimo; los momentos son preciosos, el tiempo corre veloz; valor, amor mio, añadió cogiéndola de la mano.

Catalina dió dos pasos obedeciendo dócilmente los impulsos de su amante; pero soltándose ligera, retrocedió horrorizada.

—No, no, Gerardo; es imposible! yo no marchó, no soy digna de tu amor, olvídame. —Cómo! —No, es preciso separarnos. —Gran Dios! y tus juramentos! tus palabras! —Me cree perjura, Dios mio! decía Catalina entre sí suspirando. —Qué, no me amas ya? no me amas como me amabas ayer? prosiguió con inquietud; di habla; pronuncia mi sentencia. —Compadéceme! —Habla, repitió Gerardo con acento indignado. —Oh dolor! si, no puedo mas, te lo diré todo, todo y despues... Ah! exclamó Catalina lanzando un agudo chillido. Si, no me acordaba. Puesto que tal es tu empeño en saberlo, continuó con angustiosa y pausada voz; no es á tí á quien ama mi corazón; no, no es á tí.

Catalina había visto brillar el puñal de los asesinos ocultos tras del tapiz. Gerardo permaneció confundido sin acertar á descifrarse lo que sentía, y despues de una pausa murmuró:

—Tal confesion de su misma boca! tal mudanza en tan cortas horas! tiemblo y me estremezco; la que poco ha me juraba un amor sin limites, la que ayer debió ser mi esposa, ah! no puede ser.

—Dios mio compadécete, abreviad mi sufrimiento, decía para sí Catalina. —No, no es posible: Catalina, continuó el enamorado mancebo, yo no creo tus mismas palabras, son mentira, di que es mentira; sígueme añadió asiéndola fuertemente del brazo, sígueme, tú no puedes ser perjura, desmiente con los hechos tus palabras, tus labios mienten al pecho; huye conmigo. —No, no, Gerardo, dijo forcejeando por desasirse y retrocediendo; huye solo. —Con que he de creer lo que me has dicho? con que es verdad? dijo con furia; repítelo otra vez, escuche yo de nuevo esa extraña revelación de tu perjuro labio, no me amas ya? responde.

Catalina ocultaba el rostro con sus manos.

—Responde si te atreves; no me amas ya? di tambien que no me has amado nunca, que todo ha sido una burla



Catalina había visto brillar el puñal de los asesinos, ocultos tras del tapiz.

cruel; respóndeme, tu amor ha sido una mentira...—No. —Pero todo debe acabar hoy para mí?—Sí, replicó imperceptiblemente Catalina. —Ah! comprendo; ahora lo comprendo todo; no me han engañado, exclamó Gerardo con profunda amargura é ironía; ya penetro el miserable secreto de tu perfidia!—Cómo!—Sí, di que no me amas, que sacrificas la dicha de mi vida á un rival que te ofrece un título, un rango y un nombre pomposo. —Cielos!—Sí, ahora me confirmas la certeza de los rumores que circulan por toda Venecia; un príncipe, un rey te ofrece su mano, y compartir contigo su diadema; tu orgulloso deseo autoriza secretamente la aborrecible esperanza de este ilustre himenéo; ya veo, que, cómo has de preferir á un simple caballero, que no ha nacido siquiera en tu patria, al lado de todo un monarca? que interés ha de inspirar el nombre de Coucy comparado con el de los antiguos Lusitanos? Cómo no trocar el carácter de dama particular de Venecia, por el deslumbrador acatamiento de una corte entera, por la consideración de soberana?... —Es demasiado ya... exclamaba la joven con ahogada voz. —Pues si esos rumores no son ciertos, pronuncia una sola palabra, yo te creeré, sincérate, huye conmigo...

Catalina que no separaba sus ojos del tapiz, vió á este tiempo á Mocénigo que la hizo una seña de amenaza y que desapareció.

—Todo es verdad! exclamó con angustia; yo muero... —Bien lo temía yo, no mereces ni mi enojo; te perdono por que al fin eres... muger. Tu ingratitude roba mi felicidad; fui débil para amarte; débil creyendo en tu

amor y aun ahora mismo encuentra para tí mi debilidad palabras indulgentes; pero si has pensado gozar dichosa y tranquila en los brazos de otro, de la opulencia que te aguarda, te engañas; mi venganza será terrible; aunque sea al pie mismo del altar, romperé el corazón del que alevemente emponzoña las mas dulces esperanzas de mi vida. A Dios! guardaos de la ira que me abrasa el pecho, añadió dirigiéndose precipitadamente á salir.

—Gerardo, por Dios! una palabra aun! una palabra de compasión, exclamó Catalina con acento exánime. —Por cuenta de mi rival no es cierto? replicó montando ya en la ventana. —Ignoras aun... pero quizás en mi lugar... —No fuera nunca perjuro. —Te vés!...—Y para siempre... pronunció con fuerte voz, desapareciendo rápido de la vista de la doncella.

Catalina sin aliento para resistir mas largo espacio las violentas emociones de que era victima, cayó desmayada al suelo, al mismo tiempo que descorriendo el tapiz aparecieron Mocénigo y los suyos.

—A Chipre, ahora, exclamó mostrando la desmayada joven á sus hombres. Para enjugar tantas lágrimas, para calmar tus dolores, un reino te espera.

III.

Multitud de caballeros cipriotas y venecianos discurrían alborozados por las frondosas alamedas del magnífico jardín de un casino cercano de Nicosia, capital del reino de Chipre. Bajo un espeso entoldado de pámpanos

y enredadera, que estorbaba si fuera de día que penetrara el calor del sol, estaban agrupados también muchos señores de ambos pueblos, en torno de algunas mesas rústicas y circulares, sobre las que rodaban con profusión los vinos mas esquisitos. Era de noche y los rayos de la luna penetrando por entre las hojas de los enramados arcos, dibujaban su lumbré en la arena del suelo, describiendo mil sombreadas figuras que semejaban á un caprichoso bordado de una tela de encages. Distinguiase allá en el fondo una vastísima y elegante escalinata guarnecida de verdoso musgo, que franqueaba la entrada y salida del casino; por todas partes que se tendiese la mirada se descubrían frondosos cenadores, parterres de lozanas flores alumbrados con variados farolillos y globos de mil colores, suspendidos de las ramas de los árboles, y que parecían unos enteramente á la vista, y otros medio ocultos entre las hojas, otras tantas brillantes estrellas de aquel oscuro firmamento.

El mar, que con sus ondulantes aguas lamía mansamente uno de los costados de este delicioso paraíso, estaba sembrado de mil bageles de pesado y ligero porte, empavesados con sus mas costosas galas que lucían á los resplandores de una iluminación semejante á la del casino; y como si la brisa de la noche blanda y juguetona, meciese á compas del dulce balanceo de los barcos, las copas de los árboles, deslumbrábanse los ojos queriendo contemplar tanta fugitiva luz que parecían destacadas del cielo, y que imitaban con su incesante agitacion, uno de esos lindos juguetes de bombas luminosas que en los fuegos de artificio se cruzan con estrépito, embargando nuestra atencion.

Todos los aprestos anunciaban la proximidad de alguna ceremonia solemne.

—Vacíemos otra botella en nombre de Chipre, nuestra patria querida; en nombre de Lusina, noble hijo de nuestros reyes; bebamos sin temor de que turbe nuestras cabezas el vino que los dioses se hacían servir en sus doradas copas. —Dice bien, bebamos, y celebremos las glorias de nuestro pueblo; con el calor del vino renacerá nuestra alegría. —Sí, sí; beber es lo mejor, y viva nuestro reino de Chipre sin alianzas ni protecciones ajenas. —Es verdad; repitieron veinte voces á un tiempo.

Los que así hablaban estaban sentados al rededor de una mesa, eran caballeros cipriotas; mientras que otros, todos venecianos, situados en una de enfrente, se espresaban, en términos muy distintos:

—Brindemos por Venecia, decía uno, el mas acalorado sin duda, alzando una copa en la mano y poniéndose de pié sobre su banco: á Venecia la bella, á su gloria inmortal: bebamos celebrando hayan sucumbido los orgullosos enemigos que la desafiaban; la república no sufre rivales, no reconoce mas que aliados obedientes ó esclavos humildes.

Evidentemente que no se dirigían los brindis de estas libaciones á herir de caballero á caballero en particular, el amor propio de ninguno de los que presenciaban esta escena, mas el resentimiento de los dos pueblos, la antipatia que se profesaban era tal, que no desperdiciaban ocasion de lanzarse mutuamente alguna brabata ó algun sañudo epigrama.

—Sabeis, exclamó un cipriota, cuando hubo terminado el veneciano su arenga: que no debemos consentir que la orgullosa hija de las aguas se muestre tan arrogante con nosotros? Alzan demasiado la voz los venecianos en nuestra patria, apurando el sufrimiento de este pueblo heroico, mas cuenten que si como amigos aceptamos su mano cuando nos la han ofrecido, no renuncia Chipre por eso su independencia y su gloria. —Ni abatirá su frente nunca ante el ominoso pendon de San Marcos, añadió otro. —Perdonadlos! exclamó un veneciano; les pesan demasiado las cadenas con que nuestra patria los ha atado á la carroza triunfal en que pasea y domina el universo. —Una china

menuda; replicó el cipriota, basta para volcar á un precipicio los carros mas diestramente dirigidos; una chispa sola incendia una mina: quizás no esté lejano el día que ilumine nuestra victoria el incendio de la orgullosa flota de Venecia; que descansen del combate apiñados en derredor de su lumbré. —No será mientras tengamos aliento, y fuerza en el brazo para manejar este acero, dijo un veneciano personalizándose ya con los cipriotas, y desenvainando su puñal.

Sus camaradas le imitaron; los cipriotas se levantaron de sus asientos, y hubieran sin duda venido á las manos sin la intervencion oportuna de Mocénigo, que llegando se interpuso entre los rivales y calmó sus enojos diciendo:

—Qué significa vuestra imponente actitud? pensais ahora, señores, gastar el tiempo en amenazas y ultrages fuera de propósito, cuando han cesado nuestras discordias, cuando Venecia os ha tendido su mano de amistad desinteresada, cuando estará cercana de esta ribera la reina que viene á consagrar la paz por medio de un augusto himenéo! entre nosotros no hay ya cipriotas y venecianos, vencidos y vencedores, no hay mas que amigos: guardad vuestros puñales y vuestro denuedo para cuando sea necesario pelear contra el enemigo comun de ambos pueblos. Ademas que no son estos los momentos oportunos de encender rencores apagados; y luego en que lugar? en este ameno casino, mansion de los placeres donde solo deben resonar los cantos de alegría!....

La influencia que ejercía este personaje en el ánimo de todos desarmó su cólera, y aunque á ninguno persuadían sus palabras conciliadoras, alejó por lo menos sus rivalidades aplazándolas para mas tarde y en mas digna ocasion. Todos regresaron á sus asientos y solo un cipriota le contestó:

—Aunque eso sea así; todos tenemos libertad en estos lugares para espresar nuestros sentimientos y nuestras ideas apurando nuestras copas. —Cese vuestra importuna querella: vamos, amigos míos, quién de vosotros quiere conmigo tentar los azares de la fortuna? vamos á jugar.

Conviniéronse pronto; hicieron que les sirviesen, reunidos todos ya, nuevas botellas, que no hay mejor conciliador que el vino; ahogaron en su aromoso liquido sus rencillas; y mandaron les trajesen dados y cubiletes para entretener el tiempo. Comenzó Mocénigo la partida; pero así que los vió apaciguados y entregados al juego, fuese deslizando del grupo y acercándose á un hombre que le hacia seña desde detras de un arbol.

—Al noble embajador de nuestra república, dos palabras. —Qué ocurre? habla. —Gerardo de Coucy, está aqui. —Que dices? replicó vivamente; en Chipre! estás seguro?... —Yo mismo con mis ojos le he visto, y ahora vedle allí, aquel es, añadió señalando á un caballero que descendía lentamente por la escalera envuelto en una ancha capa. —Si lograrse, murmuró Mocénigo con inquietud, descubrir el secreto de un amor correspondido; si su atrevimiento llega á interponerse entre el altar que se prepara.... de todo es capaz, y aun Lusina desengañado podría romper un himenéo que es preciso se verifique mañana. Vuestros puñales, añadió con voz mas fuerte dirigiéndose á Strozzi, que era el que le hablaba, como confidente de todas sus determinaciones. —Están dispuestos, replicó señalando á un grupo de hombres ocultos en la espesura. —Perezca entonces el imprudente. Venecia no tenia interes en derramar su sangre; pero puesto que así lo quiere, sea. Dios tenga compasion de su alma. Acabadas estas palabras desapareció Strozzi en seguimiento de Gerardo que se internaba por lo mas oscuro y solitario del jardin y Mocénigo se incorporó á los jugadores. Todo lo he perdido! tenéis ahí, cien zequies? Mocénigo; le preguntó un caballero veneciano. —Sí —Dádmelos. —Oh fortuna! exclamó un cipriota: quereis la revancha? —Por supuesto: doble si quereis á la partida. —Acepto; pero tened en cuenta será la

última por ahora; las trompetas nos llaman, anunciando está dispuesto el festín.

En efecto gran número de cortesanos y caballeros que discurrían ansiosos de respirar el perfumado ambiente de la noche, caminaban hacia la escalera en dirección del palacio del casino; poco á poco fueron abandonando los jugadores á los dos últimos contendientes que quedaban, hasta que acabada la partida marcharon también con pasos que protestaban su tardanza.

Todo quedó en el mayor silencio y soledad; solamente se escuchaba el ligero susurro de las hojas que agitaba el viento y ninguna persona humana respiraba en aquellos sitios, sino es Strozzi, á quien se veía ir de una á otra parte, mirando con inquietud y prestando atención al ruido mas leve.

Después de un largo rato quedó inmóvil, como clavado en el suelo, é inclinada la cabeza hacia el parage de donde comenzó á percibir un rumor casi imperceptible primero, y después un estrépito de armas; á medida que trascurrían los instantes acercábase mas y se oía una voz que gritaba:

—Socorro! socorro! asesinos infames! —Firmes! firmes; no correr! exclamó otra voz.

Poco después cruzaron el jardín algunos hombres que huían en diferentes direcciones. Strozzi, después de hacer un ademán que espresaba su rabia, se internó en un bosque murmurando sordamente:

—Bárbaros! han errado el golpe.—Pensábais acabar mis días impunemente! dijo Gerardo con su espada desnuda cesando de perseguir á los asesinos que habían desa-



Pensabais acabar mis días impunemente! dijo Gerardo con su espada desnuda cesando de perseguir á los asesinos.

parecido de su vista; y vos, generoso caballero, añadió dirigiéndose á un enmascarado de gallarda apostura que se descubrió cuando apenas quedaron solos; vos, cuyo poderoso auxilio, cuyo fuerte brazo ha salvado mi vida defendiéndome de los rudos golpes de los asesinos; permitid que os muestre mi reconocimiento por servicio tan singular, por haber espuesto la existencia por un desconocido; permitid....—Como yo, hubiera hecho cualquiera, le interrumpió; en igual trance lo mismo vos hubierais hecho.—Pero decid cuál es el nombre del que tan dignamente cumple con las leyes del caballerismo: decid á quien

es á el que debo servicio tan eminente, quien es el que corrió sin vacilar en auxilio del débil, en defensa de sus derechos. Vuestro nombre? repitió vivamente Gerardo.—Como recompensa, como precio del servicio que os he prestado; permitidme dejaroslo ignorar, repitió con bondad.—Conque no he de saber quien ha sido mi amparador? —La mano de un amigo, el nombre poco importa.—Vuestra patria á lo menos; sois cipriota?—Mi patria es Chipre, pero en Francia vieron mis ojos por primera vez la luz del día.—En Francia! exclamó Gerardo alborozado; ¡oh dicha! después de tantos infortunios, hallo por fin un com-

patriota.—Cómo, francés sois vos!—Si; dadme los brazos dijo Gerardo.—No, en los míos.

Ambos se abrazaron y quedaron un momento embargados con la efusión que produce un inesperado y alhagüeño encuentro; después de un instante Gerardo fué el primero que rompió el silencio diciendo:

—Dios se compadece de mí, cuando se digna en estos apartados lugares concederme un amigo. Salud, repetía sin soltar y apretando la mano de su compatriota, salud á nuestra Francia venturosa, cuyo aliento entreabrió la primera vez nuestros labios, salud, tierra querida de amor y de gloria.—Sois caballero? le preguntó Gerardo.—Caballero soy.—Y hermanos, pues.—Dos veces hermanos; el honor y la patria nos someten bajo de una misma bandera, dijo el desconocido.—Vuestro valor me lo ha debido dar á conocer.—Si, el cielo al concedernos una madre común, nos dotó también de los mismos bríos, de un mismo corazón.—Salud á la Francia! repitió entusiasmado Gerardo.—Salud; obligado á vivir sobre extraño suelo, cuanto mi pecho suspira por nuestra Francia querida, testigo de mis infantiles juegos! Ah! intérprete vuestra voz la mía; decidla que en estos sitios de donde no puedo salir, tiene un brazo dispuesto siempre á defenderla, un corazón ardiente para quererla!—Os engañais, yo no volveré á ver aquellos sitios; debo morir aquí.—Morir! replicó el desconocido con sorpresa.—Si, como vos, en tierra extraña.—Luego sois desgraciado? Hablad.—No, no debo, no puedo revelar nada. Dios es el solo depositario de mis dolores, para calmarlos es preciso una venganza ruidosa.—Pues bien; si alguna vez puede servir para secundar vuestros intentos, mi espada y mi valimiento, no se defraudará vuestra esperanza si la fijais en mí y venis á la corte á reclamar el cumplimiento de mi promesa.—A la corte! estad seguro de que no iré; en seguida añadió en tono casi imperceptible y con amarga sonrisa: á la corte, al palacio de mi rival que ha comprado mi vida á infames asesinos..

Hablando de esta manera comenzaron á resonar en los aires salvas lejanas de artillería, numerosos clarines y el regocijado tañido de las campanas.

—No escuchais, dijo á Gerardo el desconocido, esas gozosas demostraciones de alegría? son los acentos de la felicidad que nos aguarda.—Qué señal es esa? preguntó Gerardo con ansiedad queriendo escuchar del labio de su amigo la confirmación de lo que justamente presentía.—Esa señal es la que congrega á todo el pueblo ante la esperanza de la mas grande fortuna; es la señal que anuncia está cerca la llegada de una reina: sin duda habrán distinguido los pabeses del barco que la conduce desde lo alto de nuestras atalayas, es la señal primera que anuncia tocará dentro de algunas horas estas plácidas orillas. El estampido del bronce hace latir con fuerza mi corazón: ven pronto noble reina, acude presurosa en pos del amor de un pueblo entero

Esa señal, pensaba Gerardo en tanto que su amigo le hacia partícipe de su contento, anuncia para mí que llega pronto el momento de la venganza; esa algazara y estrépito, es el canto fúnebre de dos almas, tanta alegría trocaré yo en tristeza, la gloria en dolor, la carroza nupcial en cinerario carro, y esas flores que tan lozanas cortais de sus tallos para esparcirlas ante vuestra reina, esos arcos de verdes ramages, esas coronas de rosas blancas con que pensais orlar su dichosa frente, embalsamarán con sus aromas mejor el camino de la eternidad que el de la dicha, y antes que su frescura se marchite, caerá derrocada por la segur de mi puñal otra planta de raíces mas profundas.

—Mi hermano de armas, adios; el deber me ordena abandonararte, prosiguió el desconocido, piensa mucho en mí, y aun cuando nunca nos volvamos á ver te otorgo desde ahora para siempre mi fé de caballero, la mano de un amigo.—Mucha es mi obligación á vos, mi generoso

compatriota; mi sentimiento es grandísimo ignorando el nombre de mi salvador, de mi amigo; pero contad siempre con mi lealtad, con la deuda del agradecimiento y con la sincera amistad de un hermano. Adios, quizás para siempre.—Espero que Dios no consentirá sea así, exclamó el desconocido.

Ambos permanecían despidiéndose, al mismo tiempo que con las palabras que interpretaban la efusión de sus almas, con sus manos que cogidas mutuamente las de uno en otro, confirmaban con sus cordiales presiones sus protestas de eterna amistad. Entre tanto el estrépito del júbilo popular crecía, y en medio de las aclamaciones de la multitud que los ecos repetían en el casino y que hacia mas imponentes la magestad de la aurora que comenzaba á parecer en el último término del horizonte, se separaron los dos amigos, dándose un último y tierno adios.

IV.

Comenzaba el sol de un día despejado, á iluminar con sus dorados rayos el animado panorama que ostentaba la gran plaza de Nicosia: de un lado se descubría el palacio de los reyes, de otro la gigantesca catedral que confundía con el fondo del cielo sus caladas agujas, y que se comunicaba con la morada real por medio de una estensa galería abierta y formada de columnas y cariátidas ligeras y graciosas; cerrando el total del perímetro las olas del mar que venían á estrellarse contra las murallas de los fuertes de la rada. Ocupaban la plaza y sus avenidas una multitud que se apiñaba ansiosa de contemplar la ponderada belleza de su celebrada reina; los terrados de las casas contiguas á aquel sitio, parecían ceder bajo el peso de las gentes que sustentaban, para dominar mejor desde lo alto el espectáculo fastuoso que se ofrecía á su consideración: todas las ventanas de los edificios estaban adornadas con vistosas colgaduras y pabellones, sobre las que por su riqueza se distinguían de todas las de la catedral y del real alcázar, que remataba en su punta con el vistoso estandarte, insignia del esforzado pueblo cipriota.

Magestuosamente caminaba rapido hacia el puerto un lujosísimo trirreme, en que ondeaban cruzados en señal de amistad los pendones de Chipre y de Venecia, y avanzaba por en medio de una calle de góndolas y chalupas que habian salido para que el recibimiento de Catalina fuese digno del rango que la fortuna le concedía. Los saludos estrépitosos de los buques, correspondían á las salvas del castillo, mientras que en la plaza un heraldo anunciaba al pueblo era llegado el momento de poseer una reina, y que este comenzaba con los marineros del puerto sus juegos y danzas populares. Una diputación de hermosas doncellas, vestidas con túnicas blancas y coronadas de rosas, se abrian paso para llegar hasta las gradas del muelle, á dar su bien venida á su joven soberana en nombre de la ciudad y para esparcir en su tránsito aromas flores que llevaban dispuestas con profusión en grandes canastillos: precedido de otro heraldo iba procesionalmente el clero con su arzobispo, que vestía los ornamentos de gran fiesta y al que acompañaban todos los atributos de la iglesia católica; todos se descubrían y apartaban cuando este llegaba, acompañando con sus voces á las de los sacerdotes que en armonía religiosa y en dulces cantos alzaban hasta Dios sus preces y sus fervientes oraciones.

«Providencia divina, cantaban en coro, á quien los cielos y la tierra tributan su homenaje; escucha benigna nuestros votos, los de tu siervo pueblo: haz que sumisa la mar, deposite en nuestra costa, salva y sin peligro, á la reina que Venecia concede á nuestro amor.»

A estos acentos que poblaban los espacios con grave y religiosa cadencia, respondían lejanos los de los mari

neros que al compas de los remos aclamaban á la augusta viagera con himnos de gloria y de respeto.

Un momento despues surcaba las aguas, ligera como un pájaro, una dorada falua que imitaba en su forma á esos fabulosos dragones de los mares que pintan los poetast, y que conducia la comision encargada de recibir á la reina, que era compuesta de un individuo por clase de todos los altos cuerpos del estado. La ilustre navegante saltó á ella con las gentes de su servidumbre y la diputacion del senado veneciano, entre los que se hallaba su buen tío el patricio Andrés; mientras que el rey por su parte precedido de pages, escuderos, heraldos y acompañado de toda su corte, salia del palacio, y se dirigia al encuentro de su esposa. La falua regresó al puerto con su preciosa carga, y Lusíñan fué el primero que despues de haber desembarcado Catalina, se acercó á ella y la besó la mano hincando una rodilla en tierra, en señal del homenaje que todos del rey abajo debian tributarla. Al mismo tiempo el estruendo popular era inmenso, redobláronse las aclamaciones de la multitud y el estampido de los cañones, el de las cien trompetas que resonaban desde la terraza del palacio, el de las músicas militares y el incesante volteo de las campanas, hacian de la capital de Chipre un infierno de ruido, una segunda Babilonia.

En seguida el rey llevando de la mano á la reina, se dirigió á la catedral donde les aguardaba el altar en que habia de consagrarse para siempre su himenéo, donde debia ratificarse la paz de dos pueblos enemigos, una paz en la que, como siempre que la maquiavélica política de Venecia intervenia, era la república la vencedora. La hija de San Marcos no otorgaba sino á gran precio sus favores.

La régia comitiva penetraba por las anchas puertas de la casa de Dios; y cuando estaban dentro todos los que por su ilustre clase ó por su ministerio debian presenciar y autorizar la solemnidad de la ceremonia, quedóse muda la gran plaza de Nicosia; la multitud temia interrumpir con sus acentos de júbilo los cánticos sagrados de la iglesia, y esperaba con recogimiento la señal que le participase podia entregarse á sus accesos de alegría sin parecer importuno.

Sin embargo no para todos era motivo de contento; uno habia por lo menos, Gerardo de Coucy, que con amargura habia permanecido contemplándolo todo desde el rincón mas apartado de la plaza; Gerardo para quien aquellas demostraciones eran otras tantas espinas que clavaban en su corazon que latia como si se quisiera salir del pecho; el odio y el deseo de vengarse alteraban la circulacion de la sangre, arrebatándosela á la cabeza, y no obstante estaba su rostro pálido como el de un cadáver y su mirada incierta y vagorosa.

Vas á tocar, pensaba, el término de tus ambiciones, muger ingrata, tu pensamiento no te acusará de falsia! tu acento no enmudecerá cuando pronuncies un *si* que la conciencia ha de rechazar como perjurio! goza, goza del triunfo que alcanzaron tus pretensiones, que será tan pasajero como el brillo de las luces que vagan sobre las tumbas; has tocado tu hora de felicidad, te ves rodeada de una magestad que ni en los delirios de la fantasia has podido imaginar, pero no has pensado que esos castillos de aire que un azar de la fortuna te ha fabricado sobre sólidos cimientos, los puedo yo derribar de un soplo. Ya estás casada, ya eres reina, y antes que el tálamo purpúreo consume el hecho de tu maldad, no has soñado que puedo lanzarte en los lutos de la viudez; no sabes que mi poderoso brazo volverá en negras tocas tu manto de desposada; no te acuerdas ahora sin duda de que entre tu esposo y tí, aleve muger, se interpone mi sombra como una protesta palpitante, que los fuertes nudos que vas á contraer, como un cabello, puede romperlos mi puñal! Si, esta es la hora de tu dicha, y el momento de mi venganza; yo me abriré paso por entre la multitud,

y delante de la perjura, delante del pueblo entero, retaré á muerte á mi rival, y si cobarde no aceptare, clavaré mi daga en su corazon... me llamarán asesino, pero qué importa? cumpliré mi venganza. Mi alma se estremece al pensar que el brazo de un Concy hiera alevemente á otro sér como yo; pero... si como debo presumir, rechaza un duelo generoso, él, que es rey puede facilmente entregar al suplicio á su enemigo, y vivirá feliz... contento... amado... no, no; morirá, morirá, porque mi mano es sin duda la escogida de Dios para castigar el horrible asesinato que contra mi persona ha intentado: el que á hierro mata á hierro debe morir, yo me vengaré de él y Dios nos juzgará despues á todos.

Pensando de esta suerte, se dirigia hácia la iglesia, y consiguió llegar hasta el pórtico mismo de ella; aquí se detuvo impetrando la proteccion del cielo para el atentado que meditaba.

«Sagrados manes de mis antecesores que reposais en la tumba, no detengais mi brazo, ni se estremezcan de horror vuestras cenizas venerandas al conocer mis intentos.» En estas y otras reflexiones igualmente negras y que exaltaban su mente hasta un grado estremo, pasó un breve espacio de tiempo sumergido en el abatimiento que produce á intervalos el dolor cuando es intenso. Quizás si nada le hubiera arrancado de él, desistiera su alma generosa de su premeditado crimen; pero los ecos que trasmitian las bóvedas y que llegaron hasta sus oídos, repitiendo: «Hosanna! Gloria al cielo!» le despertaron de su profundo letargo, renovando con mas vehemencia sus ideas de sangre, acabando de electrizarle la voz de un heraldo que para participar al pueblo el término de la ceremonia, gritó con voz llena desde el vestibulo del templo:

—VIVA EL REY! VIVA LA REINA!

Gloria á Lusíñan y Catalina.

El pueblo respondió unánime á la aclamacion del heraldo, y de nuevo comenzaron las salvas, el campanéo, y el resonar de las trompetas; de nuevo comenzó á agitarse la muchedumbre y con gran trabajo consiguió Gerardo permanecer en el lugar que á fuerza de brazo y de constancia habia conquistado; quiso penetrar en la iglesia, pero era imposible, la comitiva salia ya de ella para acompañar hasta su real morada á los augustos desposados: dos filas de guardias mantenian espedito el tránsito que estaba cubierto con una alfombra blanca de flores bordadas de realce: el clero era el que formaba la cabeza, precedido de un destacamento de soldados escogidos; á este seguian todas las corporaciones de la isla, la diputacion del senado de Venecia, los gefes del ejército y de la armada, y los últimos salieron Lusíñan y Catalina, rodeados de su corte: á su lado iban respectivamente los estandartes de Chipre y de Venecia, y detras cerraban la marcha la guardia de honor del rey y las tropas de su ejército.

Mientras tanto, que las puertas de la iglesia vomitaban de su seno las gentes que contenia, Gerardo no miraba á nadie, no sentia nada ni si existia siquiera, era una máquina, que con la mano apoyada en el puño de su daga, tan insensible como si fuera de mármol, parecia su mirada fija en el vestibulo buscaba solo un objeto, y este se le deparó pronto la fortuna. Un grito sostenido de «Viva la reina» resonó en todos los ángulos de la plaza, por que las reales personas aparecian en el alto de las gradas. Aquellos vivos y el movimiento de curiosidad que mas que en otros, en aquel instante se advertia, escitaron su indignacion y esclamando sordamente: «este es el momento,» se arrojó atropellando á los guardias, rechazando con sus manos á todos los que se oponian á su paso, hasta que consiguió llegar á la persona de Lusíñan sobre la que descargó un golpe que no le llegó. Este no advirtió nada al pronto, pero Catalina que lo habia visto, se interpuso entre su amante y su esposo y paró con su mano el golpe. Al volver el rey la cabeza, hizo Gerardo un movimiento

de sorpresa y de terror, mientras que ya se lanzaban todos sobre él.

—Dios mío! desgraciado! es mi salvador! exclamó Gerardo arrojando al suelo su daga.—Oh! el francés á quien mi brazo ha salvado la vida!—Gerardo! murmuró Catalina.

Tan rápida é imprevista fué su accion, que ni aun los que mas cerca del rey se hallaban podian darse cuenta de lo que pasaba; pero no tardó tampoco mucho en correr de boca en boca la palabra «un asesino, un regicida» y en verse rodeado de guardias, y en entender los rugidos del pueblo que pedian su cabeza, que ansiaba derramar su sangre.

—Qué muera! muera! repetian de todas partes.—Conque sois vos, exclamó Lusiñan, vuestra pérdida mano es la que dirige á mi corazon un puñal homicida? Vos á quien yo he salvado la vida... —Habla, miserable! le decian los cortesanos.—Esplicáos, añadió Lusiñan.—No puedo, replicó Gerardo.—Muera el asesino, gritaban, y cien espadas pendientes de su cabeza, esperaban solo una señal del rey. Dios conoce mi secreto! En mi alma puede leer; pero vos, no; nunca, replicó con serenidad Gerardo.—Se calla, murmuró Andrés; respiro.

La pobre Catalina á quien la presion de un cabello bastara para ahogarla, pensaba con amargura, como conjurar la justa saña de un pueblo entero, como calmar á la muchedumbre inexorable que queria verter su sangre.

Mocénigo decia al rey:

—El pueblo, señor, pide el castigo del audaz delincuente que intentaba consumir un execrable parricidio. El pueblo, señor, os demanda su sangre en satisfaccion de la vindicta pública.—Herid! qué esperais? gritaba Gerardo; corred á un miserable; sereno mi pecho aguarda vuestros golpes; he merecido el castigo, qué aguardais? —En vano mi alma, quisiera hacer merced de la vida al culpable; aqui se encierra algun misterio... dijo Lusiñan.

Los agentes de Mocénigo corrian de una á otra parte escitando al pueblo, encendiendo los ánimos contra Gerardo, que no escuchaba otra cosa que los repetidos gritos de:

—Muera! muera!

Catalina se atrevió á impetrar del rey su gracia, pero habiéndola escuchado su tío el patricio Andrés, la dijo al oído:

—La reina no puede pedir por él.—Cada palabra que salga de vuestros labios, agrava su suerte, añadió Mocénigo.

Catalina apenas podia sostenerse sobre sus rodillas, los gritos redoblaban cada vez con mas furia y la jóven murmuraba:—Moriremos los dos!

—Pueblo, exclamó Lusiñan, despues de una pausa, es preciso aun escuchar la voz de la justicia! conducid á ese hombre, añadió dirigiéndose á su capitan de guardias, á una segura prision, que la ley tiene su cuchilla y sus derechos para castigar, para hacerlo perecer en un suplicio afrentoso si lo merece.

Los guardias rechazando al pueblo, consiguieron conducir á Gerardo á un calabozo, mientras que la reina se sostenia en los brazos de su tío. La régia comitiva continuó la marcha sin alterarse al parecer, y solo Lusiñan al reparar en la palidez de Catalina y en su continente abatido, murmuró con sordo acento.

—Yo penetraré este misterio.

V.

Oh! vos, doctor el mas venerado de todos los de Venecia, gracias os doy por el sueño que vuestros cuidados y vuestra ciencia han conseguido proporcionarle, porque al menos mientras duerme se calman sus dolores, da treguas á su padecer. Retiráos si gustais en tanto, á des-

cansar tambien; yo sola permaneceré á su lado, y cuidaré de avisaros si sobreviniere alguna novedad.

De esta manera hablaba Catalina á un médico en el gabinete de su esposo: un costado de la regia estancia daba á una estensa terraza desde la que se dominaba el puerto. Lusiñan dormido en un cómodo sillón, reclinaba su cabeza sobre una mesa que tenia al lado; sus facciones estaban desfiguradas y lívidas, parecia que sobre su cabeza pesaba una existencia entera.

El doctor se retiró cediendo á las vivas instancias de la reina.

—Dos años han pasado, continuó la interesante Catalina hablando consigo misma; dos años nada mas, y tan breve espacio de tiempo ha bastado para estender sobre tu rostro el velo de la vejez y para arrugar tu frente. Una enfermedad desconocida para todos, te aflige, te consume, y su progreso te hace correr á pasos de gigante hácia el destino comun; para tí prematuro!—Desterrado y gimiendo en tierra desconocida... murmuró el rey con palabras entrecortadas y soñando.—Sueña! qué dirá?—Gerardo!... Gerardo!... no me acusen tus infortunios... añadió entre sueños Lusiñan.—Gran Dios! es su nombre. Llama á Gerardo; ese nombre que yo esperaba olvidar desterrándolo á lo mas apartado del corazon; me lo reproducen sus labios. Ah! dos años hace que no ha salido de mi boca fiel; será menester que despues de los juramentos de esposa y del sagrado amor de madre; prepare la providencia nuevos combates á mi dolor? Es preciso, Dios mío! que no deba yo esperar sobre la tierra vuestra clemencia divina! seré yo siempre objeto y blanco de su rigor?—Catalina! dijo despues de un rato Lusiñan prosiguiendo dormido.—Señor!... replicó la veneciana con bondad.—Qué veo! tu aqui? exclamó el rey despertando: á estas horas como no estás acostada?... á pesar de todo mi encargo y contra mis deseos... vamos, añadió con ternura, es justo engañarme así?—Y quien mejor que yo, velará á tu lado?—Si; tu cuidado me consuela; pero todo es inútil, mi Catalina, prosiguió con acento desmayado; los progresos de mi mal te desvelan con sobrada razon, para mí no hay si quiera ya ni la esperanza, mis dias están contados y su termino sin duda no lejano.—Ah! no tal, porque entregas tu alma al martirio de tan penosas ideas? Dios querrá que recobres tu salud, que luzcan para nosotros dias mas felices; porque perder la esperanza? Pónla en Dios que es infinito... su clemencia paternal no nos olvidará! Me estrema tu melancolía!—Te engaña el corazon, Catalina, Dios lo que no puede olvidar ni consentir es que abuse mas tiempo de tu constancia...—Cómo! señor...—Si, de una constancia que lucha con la desdicha.—No es verdad.—Si, el cielo y yo te debemos una recompensa; quiera Dios que llamándome á sí pronto, pueda enjugar las lágrimas que por mi causa derramaste algun día; pueda resarcir los males que inocentemente te he hecho arrostrar.—No traspases mi corazon con la consideracion de lo que el tuyo padece; desecha esos pensamientos hijos solos de la tristeza que te domina, yo siempre he sido feliz... á tu lado muy feliz, como serlo mas? me escogiste para ensalzarme á tu rango, al poder, compartiste conmigo tu diadema, y siempre esposo tierno, no has desmentido la fé y el amor que prometiste al pie de los altares.—Si; pero te privé de la felicidad, de tu amor, de tu Gerardo!—Cómo! sabes tambien...—Nada ignoro; cuando entre las sombras de la noche, la mano tutelar de un amigo, corrió á arrancar una victima de debajo de la cuchilla del verdugo, confió su secreto en el seno de su libertador, quiso mitigar su pena dividiéndola con otro.—Y ese amigo?... preguntó Catalina.—Lo sabe todo, contestó el rey con bondad. Tu sufrimiento, tus juramentos quebrantados, tu constancia sublime. De esto procede el mal horrible que me consume; que ninguna ciencia humana ha podido penetrar, el mal que hace

dos años me devora y que terminará solo con mi existencia. —Qué escucho?—Si, Catalina mía, á tu noble abnegación mi alma vá á tributar homenaje, mi muerte arrancará de su penosa esclavitud un ser á quien un deber austero encadena. Tu me sobrevivirás reina y madre, y Dios te bendecirá.

A este tiempo entró Strozzi, el confidente de Mocénigo, que habia ascendido hasta gentilhombre del palacio y dijo:

—Un caballero que no quiere descubrir su nombre, pretende una audiencia de S. M., dice que acaba de llegar de Rodas con objeto de revelar un misterio importante. Quiere S. M. que le haga entrar, ó que le envíe á avisarse con el embajador de Venecia?—No hay necesidad de eso! La reina que muy pronto en nombre de su hijo, en la cuna aun, vá á cargar sobre sus hombros con el pesado cargo de atender á los negocios del estado, le dará audiencia en mi nombre. Desde hoy, Catalina, añadió dirigiéndose con dulzura á la reina, comienza tu reinado; mis ojos quieren antes de cerrarse para siempre, contemplar como confundes y ahogas las interesadas esperanzas de partidos bastardos; porque sin duda, quien mejor que tú puede merecer y conservar el cariño del pueblo? Vaya, adios mi querida reina; yo debo ser el primer súbdito que os tribute mi respeto; añadió cogiendo la mano de Catalina y besándola con sus labios abrasados por la fiebre. En seguida apoyándose en el brazo de su esposa, salió por una puerta que habia en el fondo del gabinete que comunicaba con su real cámara.

—Aquí podeis aguardar; dijo Strozzi, despues que se habian retirado los reyes, á un caballero vestido con el hábito de los de la órden de Rodas, á quien precedia. Sin duda es el mismo; es Gerardo, añadió desde la puerta al retirarse observándolo con desconfianza: Gerardo bajo el disfraz de ese hábito austero! y se atreve á penetrar en este palacio? De todo daré cuenta á Mocénigo que es á quien pertenece penetrar este misterio. Voy al punto, que la presencia de este hombre nada lisonjero me anuncia. Continuó observándolo como si desconfiase de sus propios ojos, hasta que al ver parecer á la reina, se retiró murmurando: «no hay duda, es Gerardo en persona.»

En vano quiere armarse de indiferencia mi corazón, cuando un deber sagrado me llama cerca del rey, porque al considerar estos lugares en que dichosa reina la infiel, se reproduce todo en mi pecho á la vez... recuerdos alhagueños y dolores amargos; así pensaba Gerardo, cuando entró un oficial del palacio, anunciando:

—La reina. —Cielos! serenidad; dijo para sí Gerardo sobrecogido de sorpresa. —El rey harto débil para ocupar su cabeza de otros cuidados que los de atender á su salud, no puede ahora recibir al noble caballero que pretende ser escuchado; en su nombre vengo yo... dijo Catalina sin levantar sus ojos para mirarle.

Gerardo que no se habia recobrado de su sorpresa, no hacia sino mi arla sin acertar á poner en órden sus ideas.

—Hablad, que esperais?

El caballero murmuró con apagado y doloroso acento:

—Nada de vos, señora. —Gerardo! exclamó la reina, reconociéndole y lanzando un grito. —Señora! replico con el mas profundo respeto. —En este palacio vos?—Si; pero el deber únicamente es el que ahora guia mis pasos. Lavar la mancha de mi crimen es todo lo que espero; porque Dios me es testigo de que no es á vos, señora, á quien buscaba, replicó con acento pausado Gerardo, señalando la cruz negra que llevaba en su pecho sobre el hábito: no pertenezco ya al mundo, añadió, esta cruz os lo explica todo. Noche y día, siempre posternado sobre dura y helada piedra, he suplicado á Dios se sirviese conceder un término á mis miserias: Dios no me ha escuchado. —Dios mio! tened piedad de mí! murmuraba la reina. —Mi corazón, prosiguió Gerardo, me engañaba; pensé

que bajo la estola de sacerdote, bajo la armadura de religioso caballero se ahogarian mis recuerdos... diligencia vana! he sido traidor á Dios hasta en el pié mismo de su altar: mi alma nada pudo olvidar! —Ah! callad, Gerardo; replicó la reina casi enternecida á pesar de sus esfuerzos.

—El descanso de la noche, suspende mis dolores, y soñando en el perdón de mi falta se mitiga mi pesar... pero cuando el día amanece, y cuando despierto y la realidad desnuda hiere mis adormecidos sentidos, redóblase en mi pecho la desesperación; el llanto á los ojos corre presuroso. —Y que pretendéis? —Nada en el mundo; por que la distancia de una eternidad entera nos separa; pero en el cielo todo, á pesar de la suprema fé que este santo ropaje inspira, á pesar del religioso olvido á lo pasado que imprescindible el deber impone; nada ha sido bastante; el Señor mismo y la contemplación de su gloria no han logrado cicatrizar las heridas de mi alma. —Y bien yo he sido la causa de vuestros infortunios, no es cierto! replicó Catalina con amargura. —Ah! señora, no es esto una reconvencción. Catalina Cornaro no existía; Gerardo de Coucy tampoco; vos sois señora la augusta reina de Chipre, esposa del noble Lusignan, yo nada mas que un caballero de los de la órden de Rodas. —Y acaso pensais que Catalina no tenga disculpa?—Ninguna, señora; como no sea la debilidad, la ambición de muger. —Reparad que hablais con la reina.

—Yo, señora, me refiero solo á Catalina Cornaro. —Y bien, pensad que la reina de Chipre puede justificar á Catalina. —Imposible! —Es ya demasiado, replicó Catalina sin poder resistir mas tiempo la explosión de los encontrados afectos de muger herida en su orgullo, y de amada que habia sacrificado su felicidad por salvar á su amante, á pesar de los lazos que sujetan mi corazón... hablaré. Os acordais del día en que sucumbiendo al espanto y al temor, renuncié con una sola palabra á la esperanza y á la dicha de mi existencia? os acordais del momento en que atreví á acusarme de traidora é infiel á mi promesa... —Bien me acuerdo! —Pues entonces, prosiguió la reina, ocultos asesinos nos escuchaban, espian mis miradas y mis palabras; os rodeaban por doquier que marchábais entre las sombras de la noche, y una señal, una palabra imprudente os perdía sin remedio! Por vos solo acepté yo la infamia y por vos sacrifiqué mas que mi vida, sacrifiqué mi amor! —Es cierto, amor mio? repítelo otra vez; dijo echándose á los pies de la jóven; escuché de tu labio... —Ved caballero que me refiero solo á Catalina Cornaro y que estais á los pies de la reina de Chipre. —Catalina! —Catalina ha muerto como deciais vos muy bien; la reina ahora ordena que os levanteis; no es esa la postura que mas conviene á un caballero que en su pecho lleva una cruz... —Es verdad! replicó Gerardo poniéndose en pié. —Pero Catalina Cornaro os suplica ahora, prosiguió con dulzura la reina, que huyais de estos sitios para siempre. —Si, huiré, replicó con gravedad, pero antes es preciso que me escuchéis... —Catalina no puede escuchar á Gerardo sin ultrajar la dignidad que debe á su esposo. —Pues bien, no es á Catalina, es á la reina á quien ahora pretende hablar un caballero. —Decid, pues, exclamó la jóven sentándose con la mas grande calma, mientras que Gerardo permanecía de pié. —Señora, es á la reina á quien en defecto del rey, del buen Lusignan, á quien dos veces debo la vida, vengo á descubrir un secreto, un misterio horrible. Sus dias corren peligro, y para desquitar en algo mi deuda, para probarle mi agradecimiento, corro con presteza. —Pero llegais tarde! dijo desde la puerta del real aposento un hombre que penetraba en él. —Gran Dios! exclamó Gerardo, Mocénigo!... —Vos aquí sin llamaros? dijo la reina poniéndose de pié y con acento que descubria su enojo. Sin mi permiso... sin anunciaros... —Tu osadía, imprudente, tu audacia cumple mis mas ardientes votos, prosiguió Gerardo; muy feliz me creo en este instante que nos vemos cara á cara y frente á frente. —Para

qué? le replicó Mocénigo; espílicate. —Para confundirte miserable! di: negarás que la abrasadora fiebre que á pesar de todos los cuidados y esfuerzos posibles, consume por instantes la espirante juventud de un príncipe, del desventurado Lusíñan, es solo el efecto de un veneno esmeradamente preparado por tus manos? —Qué escucho? exclamó Catalina con ansiedad. —Negarás, prosiguió Gerardo indignado y con exaltación; negarás, que una infame y cobarde venganza, le arroja prematuramente al sepulcro, por que desentendiéndose de la tutela de Venecia, no seguía rastrero sus influencias interesadas, y prefiriendo reinar para su pueblo y gobernarlo independiente? Negarás que el patricio Andrés, en otro tiempo tu cómplice, ha muerto en la soledad del claustro, víctima de sus remordimientos? Negarás que al morir todo lo ha revelado?... Lo negarás? Responde. —Y por qué lo habia de ocultar ya? replicó friamente Mocénigo; todo eso señora, añadió dirigiéndose á la reina, venia yo á participaros. —Cómo! es posible sea cierto ese tegido de maldades; será verdad! exclamó con dolorosa angustia la reina. —Señora, es la verdad! Si, Venecia decidió acabar de una vez con ese instrumento rebelde, con ese fantasma de rey que pretendia luchar con nuestra poderosa república; este es el término, señora, del que se atreve á resistir su poder, conquie ahora testigo vos de su fin, decid si prometeis obediencia ciega á Venecia, durante el poder de regente; pensad, pensad viuda de Lusíñan, que hoy no os queda otro recurso que reinar con nosotros ó sucumbir como vuestro esposo y... —Lusíñan! gritó la reina, corriendo á llamarle: —Es inútil, señora, dijo Mocénigo deteniéndola por un brazo; nada le puede salvar en este critico momento, ya os he dicho bastante; para vuestro hijo, el trono ó la muerte... escoged. —Y

bien! yo reinaré, replicó con energia. Si Lusíñan no existe ya, añadió despues de una pausa, si el cielo consiente que perezca, yo sabré defender la corona en las sienas de mi hijo. Yo reinaré para vengar el asesinato de mi esposo. —Conque es decir que quereis... —La guerra, replicó Catalina. —La guerra!... —Si; ella decidirá entre nosotros. —Pero con quien contaís? nadie os defenderá... —Si; el pueblo. —Es nuestro ya. —Será vuestro hasta que mi voz le inflame escitándole á la venganza! Cuando yo le refiera la causa de la muerte del mejor de sus monarcas, cuando le cuente en tu presencia, bárbaro, tus horribles confesiones... —Será todo en vano, porque nadie os creerá; ademas de que yo diré que ha sido una esposa adúltera, la que ha herido al príncipe, objeto del amor popular. —Gran Dios! malvado! —Y cuando yo denuncie el regreso de un rival arrancado generosamente de las garras de la ley; cuando yo diga que un consorcio clandestino y criminal ha derramado sobre su cabeza, sin remordimiento ni temor, un veneno mortal, cuando yo presente al pueblo... —Callad, miserable, exclamó la reina aterrada por tanta infamia. —Os convenceis ya? añadió con sonrisa sarcástica; dejadme acabar; cuando yo presente al pueblo, prosiguió, la copa aun húmeda, bañada de liquido, añadió quien os podrá salvar entonces ¿quién se ha de atrever á defenderos?... —YO! exclamó una voz, YO.

Era el rey que pálido y moribundo apareció en el umbral de la puerta de su real cámara. La reina corrió á su encuentro para sostenerle, y apoyado en su brazo, se adelantó penosamente hacia Mocénigo.

—Si, yo mismo la defenderé!.... dijo con voz trémula y mirando de cerca á Mocénigo con la vista cristalizada por los vértigos de la muerte; yo mismo la defenderé de imposturas y calumnias infames; yo arrancaré la más-



Era el rey que pálido y moribundo apareció en el umbral de la puerta de su real cámara.

cara á su abominable autor, y toda su sangre vertida en torturas horribles, no bastará á satisfacer mi justo furor. Dios mismo ha querido en este instante supremo sea mi labio el intérprete de su terrible anatema. Su divina gracia reanima mis fuerzas y para castigar aun el crimen horrendo que se ha perpetrado, detiene la víctima al borde mismo del sepulcro. — En vano la rabia, Lusñan, os hace como una luz pronta á extinguirse, derramar un último y vigoroso resplandor; yo desallo la víctima sobre el borde mismo de la tumba: herid... ereeis que por un soldado menos la Venecia de hoy sucumbe tan pronto? no: Chipre ya es de la república; nuestra flota dueña del puerto, solo espera para lanzar contra el reino los soldados que guarda en el seno, y para hacer rugir sus bronce, una señal. Vedla aquí: esta es; añadió arrojando desde la galeria de la terraza, el cinturón que ceñía sus tálares ropages.

Al mismo tiempo se sintió una fuerte y sostenida detonación de artillería.

—Guardias! gritó el rey.

Cuando estos aparecieron prosiguió:

—Apoderaos de ese hombre; en seguida dijo: yo daré de tu justicia, Dios mio! si impune deja tanta maldad. Guerra, guerra á Venecia; estréllese de una vez su temible y orgulloso poder contra el esfuerzo de nuestros pechos, y que su caída sangrienta deje recuerdos eternos en los siglos venideros. — Por vos, combatirá hoy denodado un hermano de armas, dijo Gerardo. — Tú, dijo el rey á la reina, queda al lado de nuestro hijo y si la providencia dispone que la hora del combate sea la última de mi vida, á lo menos, Catalina, moriré como soldado, como caballero y como rey. — No, yo te sigo, exclamó la reina. — Yo moriré pero la república vencerá: gritó Mocénigo arrastrado por los guardias.

Entretanto el estrépito de guerra redoblaba por instantes: rugía el bronce, el tambor batía y los reflejos del incendio penetraban por la galeria del real aposento que daba á la plaza. La reina se lanzó fuera del palacio; Gerardo la seguía y el rey casi moribundo se hacia conducir al combate sostenido en brazos de sus escuderos.

La gran plaza de Nicosia ofrecia un espectáculo devastador: era de noche y el fuego hacia crugir y desplomar los techos de muchos edificios entregados antes al saqueo mas horrible. Los invasores precedidos de los conjurados vendidos al oro de Venecia intentaban asaltar el palacio á tiempo que la reina seguida de sus guardias salió de él, y sorprendidos por esta inesperada resistencia, comenzaron á ceder; una gran parte del pueblo se prosternaban orando por que el cielo detuviese con su poderosa mano los desastres que pesaban sobre la ciudad; en tanto que las madres huían á refugiarse á los templos con sus hijos en los brazos, y que las tropas cipriotas reforzadas con los caballeros de Rodas que Gerardo conducía á lomas crudas de la pelea, marchando á su cabeza, cargaban con denuevo á las huestes de Venecia.

En medio de tanto desastre pareció el rey en la plaza rodeado de escuderos y de guardias.

—Dejadme todos; dijo á los oficiales que le sostenían; corred, corred en auxilio de la reina á quien su justa indignación arrastra á lo mas encarnizado del combate: so-

corredla, salvadla si aun es tiempo y dejad que muera yo aquí. Cuando esto decia el rey, apareció Gerardo, cubierto de polvo, y de sangre su espada, gritando con entusiasmo: —Victoria por la reina!... Su ejemplo ha salvado la patria! —Qué dices? murmuró el rey. —El pueblo escitado por su voz y su denuedo lanzábase furioso sobre los cobardes asaltadores y los ha rechazado del noble suelo que su inmunda planta mancillaba: vedlos, señor, añadió señalando con su espada; vedlos dispersos corriendo á lo largo de las orillas, precipitándose al mar, huyendo del furor de vuestros soldados para buscar un asilo en sus naves fugitivas... —Será verdad? interrumpió el rey; no me engañas... es cierto!... oigo los gritos de victoria. Ah! gracias, Dios mio! ya puedo morir, por que muero en un día de gloria, moriré vengado! gracias, Dios mio; gracias!... Catalina!... mi hijo!... donde están? —Vedlos, aquí llegan, replicó Gerardo.

La reina seguida de una multitud de soldados fué á echarse á los pies de Lusñan quien no lo consintió.

—Catalina, en mis brazos! dijo con desmayado acento; las emociones que habia experimentado en breves momentos habian agotado ya sus fuerzas: volviéndose á Gerardo tomó su mano y exclamó: —Mi buen amigo, ya veis que si puede culpárseme de haber producido la desgracia de vuestra existencia, no es corta mi espacion: Venecia, como á vos, tambien me ha sacrificado; perdónenme todos en mi postrera hora, y vos, señora, añadió dirigiéndose á la reina; vivid, reinad por nuestro hijo... Catalina... Gerardo... hijo mio... recibid mi bendicion!... —Lusñan! exclamó Catalina. —Señor! señor! repitieron las voces de los que le rodeaban, viendo que la cabeza de su rey se inclinaba sin fuerzas sobre el pecho.

Un desmayo habia acometido al rey; un desmayo que debia ser el último; todos los auxilios mas eficaces suministrados al punto no consiguieron otra cosa que hacerlo estremecer con un movimiento nervioso, que abriera aun una vez los ojos, y que los cerrara para siempre lanzando su postrer suspiro.

—Lusñan, Lusñan!... gritaba la reina de rodillas al lado del cadáver.

Cuando se hubo convencido de que para el rey no debia abrigar su pecho esperanza alguna; alzóse con dignidad del suelo, y volviéndose hacia la multitud y hacia los soldados que la contemplaban con religioso silencio; exclamó señalando al cadáver de Lusñan:

—Jurais por el mártir de vuestra independencia vengar su sombra querida? —Si! repitieron todos, confundiendo sus voces en un solo rugido.

—Pues bien! añadió alzando su hijo en los brazos para mostrarle al pueblo: á tu lealtad, pueblo cipriota, confío la última esperanza de los Lusñanes, el postrero vástago de tus nobles monarcas: esta es tu bandera pueblo, vencer ó morir por su libertad, su Dios y su rey.

Gerardo poniéndose de hinojos ante la reina, la besó la mano, y mostrándola con la otra el cielo, se dirigió con sus caballeros á sus naves, para regresar á la isla de Rodas.

—Rodas, señora, os protegerá en vuestro reinado, dijo al partir.

Quince años despues duró el reinado de Catalina Cornaro, gobernando sus estados en nombre de su hijo, con entera independencia de la proteccion interesada de la república veneciana.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL RECOMENDADO DE ALCOY.

Qué feliz era yo, cuando uno de los pocos tragos que me faltaban para apurar el caliz amargo de las miserias humanas, era el de no haber servido de padre y protector á ningún forastero! Con qué descanso lloraba yo mis cuitas aislado del mundo, antes de tener que reir á todas horas para complacer á un desconocido, representante pertinaz de un amigo íntimo! Qué daño te hice yo, querido amigo, para que me tratases con tanta crueldad? Tengo yo la culpa de que el gobierno de S. M. te agraciase con un juzgado en ese pueblo, ó crees que no conozco el paño sino mandas una muestra? No me bastaba saber la existencia de Alcoy en el globo terrestre, por el mapa y los libritos de fumar, sin que tú me hicieses conocer los mayorazgos de ese pueblo, que son ni mas ni menos que los de todas partes?... Pero «á lo hecho pecho» dice un refrán, y «donde las dan las toman.» Has amargado mi existencia (*frase sentimental*) de una manera horrible y ya no tengo otro recurso sino desahogarme con los que quieran oírme. Recurso débil es, lo conozco; desagravio exclusivo del sexo débil, debiera ser la lengua pero «el que canta sus males espanta» y «quien se queja sus males aleja.» Tal ha quedado mi ánima desde que estuvo en Madrid el mayorazgo de Alcoy, que hasta valor para quejarse le falta; y casi ha perdido el trato íntimo que tenía con mi lengua y mi pluma. Temiendo estoy que si acierta á contar la historia de mi malhadada tutela, se deje lo mejor en el tintero! Dios la saque con bien de este lance, que está aplazado para la siguiente línea.

Enero, nevando, las nueve de la mañana y los periódicos del día coleando y vivitos á la cabecera de la cama, son circunstancias atenuantes, cuando se trata de residenciar á un perezoso. Si á eso se añade un gran vaso turbio, del cual solo se sabe que está vacío, sin que el que lo desocupó se acuerde de como y cuando lo hizo, no hay autor que aconseje dejar la cama temprano por matutino que sea. Yo suelo hallarme en tan delicioso caso, todas las mañanas del año, y «echo el aguardiente» (1) con un cuartillo de leche, mas por reposarla que por beberla: pues esto último lo hago dormido y lo primero despierto y muy á mi placer. Sucedióme un día que mi reloj marcaba las nueve, Reaumur 5 s 0, y la campanilla de la escalera tiritando, nerviosa, y horriblemente anunciaba la llegada del cartero, ó del casero. —Son las dos únicas personas que se atreven á semejante desafuero, la primera por su oficio, la segunda por su beneficio. —Pero no era ninguno de ellos, y así me lo dijo el criado que se acercó á mi cama con estas palabras. —El caballero de Alcoy. —Y quién es ese señor? le pregunté. —No me ha dicho mas sino que es de Alcoy. —Pues dile que no fumo cigarros de papel; le repliqué, y desapareció mi doméstico. Pero volvió al instante, diciendo, que el caballero no vendía libritos, y que tenía precisión de verme, para entregarme una carta de recomendacion de mi amigo don N. El tal don N.

(1) Supongo (y es una acertada suposición) que el lector se habrá asustado de la frase; pero los mozos de compra, saben que el tendero les dá agua anisada por las mañanas y sin embargo dicen «vamos á echar el aguardiente» ergo yo etc.

es mas amigo mio que las demas letras del alfabeto; pero la carta de recomendacion me hizo dar un salto en la cama, que á no habérselas con un cuerpo blando, sabe Dios lo que hubiera sido de mi. —Que pase al despacho y que tenga la bondad de esperar un momento. Tal fue la orden que di á mi famulô, y mientras la cumplia, envolvíme en una gran bata (y aprovecho esta ocasion para que sepan vds. mi trage de casa) caléme un gorro, y con mas franqueza que la que vds. oyen, me puse frente á frente del caballero de Alcoy. Era este un hombre como de cuarenta años; estatura regular, pelo crespo y castaño, ojos azules y en último término, nariz corta pero al ancho dellabio, y mas carne sobre las cejas, de la que permite San Agustin. Vestia un frac negro de aquellos inverosímiles ya, á principios de este siglo; pantalon de color de caña con trabillas de correon, chaleco azul con flores amarillas, corbata de raso negro bordada con seda carmesi, guante blanco de algodón, y un sombrero de campana con mas pelo que un erizo.

Otra novedad de mas bulto habia en mi despacho, y era un biombo encarnado y convexo que se vió en gran aprieto para permitirme la entrada. Yo no valgo, por fortuna mia, lo que Luis Felipe, y creo que nadie se ocupará de inventar máquinas infernales para quitarme la vida; pero hasta que logré convencerme de que aquel mundo nuevo era un paraguas, no las tuve todas conmigo. —Arrellanado en la mejor de las butacas conocidas, (única de las mias) estaba mi hombre antes de arrojarle en mis brazos, y despues de haberme saludado tan bruscamente tornó á la misma postura. Yo no pude hacer mas que no hacer nada, y como abrí los brazos cuando le vi venir hácia mí; me sucedió lo que á las doncellas que abren la puerta para decir al novio que no puede entrar, porque no está su madre en casa. El forastero me mandó sentar en una de las sillas que la noche anterior eran mias, pero que entonces dudaba yo si me reconocieran por amo suyo, y creo que no me atreví á tomar asiento tan pronto. Solo me acuerdo de que cuando yo estaba pensando por donde iria aquel hombre mas pronto á la calle si por el balcon ó por la escalera, tomó la palabra y dijo:

—Está vd. así como parado y sorprendido! Me atreveria á apostar que siente vd. no tener aqui á su amigo. Oh! es un hombre muy campechano y muy cabal. Lo primero que ha de hacer vd., me dijo al despedirse, es dar un abrazo al madrileño, y luego entregarle esta carta. Con que tómela vd., añadió el recomendado, sacando una esquila, y sepa de una vez quien yo soy.

Tomé la carta, como el abrazo, por habérmela puesto el otro en la mano, y vi que decia lo siguiente:

«Querido amigo: me alegraré que al recibo de esta te halles con la cabal salud que yo para mi deseo...»

Y seguia toda la fórmula de correspondencia á cal y canto, que se enterró el siglo pasado en los libritos para escribir y notar cartas, que venden los ciegos á la puerta de las posadas.

«El dador de esta es un mayorazgo. (Buen destino, dije para mí y seguí leyendo.)» «Escusado es que te diga como te has de portar con él. Trátale como si fuera otro yo, pues es persona á quien debo muchas atenciones.»

Del abrazo que me sopló el recomendado se deducia que si á mí no me esplicaban como me habia de portar



Tómela vd., añadió el recomendado sacando una esquela.

ORTEGA

con él, á él tampoco le dijeron como se había de portar conmigo. Sacábase en limpio por la facha del forastero y su destino de mayorazgo, que lo que en mi casa se hallaba no era otra cosa sino una escritura de fincas rústicas en papel de ilustres cuando mucho. Resultando finalmente que la tal carta de recomendación era como todas las de su especie, el endoso de una recompensa extraña por favores que otros han recibido.

—Con que ya ha visto vd. quién yo soy? exclamó mi hombre apenas hube acabado de leer la carta.

—Si: ya veo que es vd. mayorazgo de profesion, le contesté. Y cuando me disponía á despedirlo pidiéndole las señas de su casa, con ánimo resuelto de olvidárselas antes y despues de oírlas, adelantase el forastero y me dice:

—Pues si á vd. le parece saldremos ahora á buscar casa, por que como yo no conozco á nadie en Madrid, me acomodé anoche en las diligencias peninsulares; pero allí es muy caro para quien piensa estar en la corte quince días lo menos.

Yo, que cuando dijo lo del acomodo en las diligencias creí que le habían puesto en varas lo menos, me eché á reír del despilfarrado mayorazgo; y tomando súbito un aire de gravedad Neroniana, le dije que mis ocupaciones no me permitían acompañarle, pero que le daría razon de algunas casas de huéspedes donde podría vivir con economía, y que ya nos veríamos despacio otro día.

Poco ó nada le agradó al mayorazgo de Alcoy mi escusa, siguió inmóvil en su asiento, dándome á entender que necesitaba otras palabras mas desnudas, ó lo que es lo mismo mas claras. Afortunadamente, yo no tengo frenillo en la lengua, ni cerradura en la boca, y usando de ese castellano claro y limpio que enseña el P. Cobos, logré que el forastero tomase la puerta; car-

gando primero con su gran paraguas, que había escurrido bonitamente sobre los muebles de mi gabinete. Salí con él hasta la puerta de la escalera, para asegurarme de que no se quedaba en casa aquel mastuerzo, é hice que mi criado le acompañase hasta el portal, para que tuviese presente su fisonomía, y apenas volvió á subir el doméstico admirado del nuevo homenaje introducido en mis visitas, le llamé á mi presencia y le dije:

—Has visto bien á ese caballero?—Si señor me contestó—Serás capaz de decirle que no estoy en casa cuando vuelva?—Si señor.—Te atreverías si insistiese á seguirme negando?—Si señor.—Y podrias hacerle rodar la escalera si estuviese muy pesado?—Vaya! Si señor!...—Pues cuidado con equivocarle.—Pierda vd. cuidado, replicó mi fámulo; y mejor entendedor que el recomendado salió de mi cuarto á un simple gesto que le hice.

Una vez solo en mi despacho, empecé á examinar la carta de mi amigo letra por letra, buscando en ella un puerto de salvación ó un pelo siquiera, ya que no una viga donde poder asirme. Sujeté el escrito á la acción del fuego y demas reactivos conocidos para descubrir la presencia de las tintas simpáticas, y ni por esas. Nada había en el dichoso papel que me autorizase legítimamente á echarle bajo de la mesa, como de ordinario se hace con las cartas (que Dios confunda) de recomendación. Ni una de esas palabras ambiguas, que sino gustan de frente se toman de costado, había por mi desgracia en la esquela de mi amigo; toda la responsabilidad del mal recibimiento que tuvo en mi casa el recomendado, pesaba sobre mí; el juez de Alcoy no me daba pie para nada de aquello con su recomendación, «trátale como si fuera otro yo» me decía; ni mas ni menos que dicen los pueblos cuando mandan sus diputados á la representación nacional; y apesar de todo, el rey disuelve las córtes cuando viene en ganas de hacerlo así,

sin que pueda decirse por eso que el rey disuelve sus pueblos; así como no habrá quien pruebe que los diputados disueltos representaban el voto nacional. Háblame mi amigo de favores recibidos de su recomendado, y esa cláusula indicaba coacción; y donde hay coacción, claro es que no hay voluntad libre. Luego siendo los favores del otro, decía yo á mis solas, el programa con que los aspirantes á diputados obligan á los electores; y estando la corona en su derecho al rechazar esos representantes intrusos del país, no estoy yo fuera del mio lanzando de mi casa á un hombre que no representa fielmente á mi amigo. Estas cosas y otras por el estilo, me fingía yo para calmar las voces de mi conciencia, que no estaba conforme con mi proceder en aquel asunto, y que luchaba desesperadamente para que yo diese contra-orden á mi criado, en cuanto á recibir ó no al caballero de Alcoy.

Sucedió pues que como la conciencia tiene adelantado el género para pertenecer al bello sexo, y las mugeres hacen siempre de mí lo que quieren, no solo recogí la orden recién dada, sino que decidí visitar en persona al forastero. ¿Quién busca el peligro en él perezca! A Sanson le cortaron los cabellos por una muger; Salomón perdió su sabiduría por ellas; Holofernes dió su cabeza á Judith... y yo mi tranquilidad á todos los diábolos, por haber escuchado los consejos del ente femenino, que no llega á muger ni con mucho. Toda esa erudición histórica (de que hago gala con permiso del lector) no me sirvió de nada al ver las lágrimas de pundonor y caballería que corrían... por donde saben vds. que corren las lágrimas de la conciencia. —Arrepentido y contrito demi grosería, estaba yo á la mañana siguiente gozando las horas de cama perdidas el día anterior, cuando hétame que llaman estrepitosamente á la puerta de la escalera; que sale á abrir el criado, y que entra corriendo en la alcoba. —Qué hay? le pregunto. —El recomendado de Alcoy, me responde. —Le habrás dicho que estoy en casa supongo? —No señor lo he dejado en duda, y aunes tiempo si vd. quiere de hacerle rodar la escalera. —Quita allá, le dije, hádle pasar al gabinete.

Hízolo así el doméstico, y yo empecé á cumplir con mi conciencia, botándome de la cama al momento y saliendo al encuentro del recién venido, que no me abrazó como el día anterior, pero que se *descalzó* la mano derecha, para estrechar una de las mías, y dijo:

—Caballero, yo bien conozco que los forasteros somos muy pesados; pero que hacer? en Madrid pasan los días como aquel que dice en un verbo. Y ya se ve, si un hombre no se ha aprovecha de los amigos para ver todas las preciosidades de la corte, se vuelve al pueblo sin poder decir, pues esto he visto.

Yo que creía ver el cielo abierto con aquella salida, le dije que al día siguiente le mandaría permisos para visitar los Museos, la Armería y demás cosas notables. Pero habíalo dispuesto mi estrella de otro modo, y cuando yo creía verme libre del de Alcoy por medio de unas papeletas cualquiera, oigo que me dice:

—Por la presente no he menester que vd. se incomode en buscar esos privilegios. Hoy es domingo, y según me dijo anoche mi paisano, que tiene orchatería en la calle de Hortaleza; y vd. puede ser que lo conozca, porque es el que corre con esterar á los ministros, vamos al decir, á las oficinas. Pues ese chico me dijo que hoy podíamos ver la capilla de palacio, el Museo y las fieras. Yo ya que estoy en la corte quiero gastar los cuartos y he tomado un coche para que vd. me acompañe.

—Con mucho gusto le repliqué; y me abroché mi levita, con mas dolor que el reo de muerte al ponerse el saco amarillo que le presenta el verdugo. La conciencia cortaba los cabellos á Sanson en aquel momento.

Apenas pusimos el pie en la escalera, sentí yo un ruido de campanillas que involuntariamente me hizo dar una sacudida, pero la causa de aquel sonido me era des-

conocida, y hasta que llegamos al portal y vi que el simon en que yo pensaba sufrir el martirio, no era sino una carretela de camino, todo podía pasar. Mulas, calesero, cencerros, espuerta para el pienso, nada le faltaba al carruaje para hacer un viage de siete ó mas leguas; todo le sobraba para ir de mi casa á palacio, y atravesar despues Madrid, verdaderamente en berlina. Pero á decir verdad nada me insultaba tanto como el gozoso semblante del forastero, que con el pie en el estribo no veía la hora de lucir su persona sobre los asientos del coche. Yo no sabía que partido tomar en aquel momento, ni que disculpa inventar para no salir á la verguenza de una manera tan inaudita; hasta que me ocurrió mirar al cielo, (que amenazaba lluvia segura) y dije:

—Está el día tan hermoso, que si á vd. le parece podríamos hacer á pie nuestras visitas.

—Oy!... no siga destarifat home! si ya está pagado el coche por que no hemos de ir cómodos?

El calesero, que comprendía todo mi tormento y no veía la hora de irse con el dinero en el bolsillo en busca de otro marchante, apoyó mis razones á su modo; pero todo fué inútil. El de Alcoy había resuelto oler á *baqueta* como decía despues, y no hubo mas remedio, sino subir al carruaje; visitar la capilla real, y dirigirnos despues al Museo de pinturas. Los lectores de este artículo, serán tan amables que me dispensarán la narración de los disparates que aquel hombre hizo en las galerías del régio alcázar; las señales de sus dedos impresas aun en los faldones de mi levita, son testigos muy elocuentes de que no podía ver nada nuevo (y todo lo era allí para él) sin darme un tirón, y ponerme un dedo junto al ojo.

A la entrada del Museo, quise yo comprar un catálogo de los cuadros, para que se enterase de lo que iba viendo, y allí fué donde se decidió mi libertad, anulándose la esclavitud ridícula que hasta entonces sufría.

—Voy á comprar un libro de estos donde se esplica la historia de los cuadros, dando cuenta de sus autores.

—No haga vd. tal, dijo el de Alcoy riéndose; cuando yo vengo á divertirme, no pienso en lecturas ni zarandajas. Yo quiero verlo todo en globo y nada mas; para poder dar una idea en el pueblo.

—Pues entonces sálgase vd. al Prado y verá en globo el edificio; cuanto mas que mañana puede vd. subirse á la torre de Santa Cruz, desde donde verá en globo todo Madrid.

Diciendo y haciendo di media vuelta; y sin cuidarme del forastero llegué á mi casa y escribí á mi amigo la siguiente carta.

«El dador de tu carta, es un solemne majadero, sin que yo le quite por eso el mayorazgo. Para decirme que le tratase como á ti era preciso que él fuese otro como tú. Por lo demas él queda viendo Madrid en globo; y si esperan los de Alcoy á que vaya ese hombre para saber lo que es Madrid en globo, yo le haré marchar en un barril de pólvora.

«Muchos te habrán dicho que no los pidas dinero ni cosa que lo valga; yo solo te encargo, pero encarecidamente, que no me recomiendes mayorazgos ni cosa que lo parezca.

ANTONIO FLORES.

HISTORIA NATURAL.

LA MUSARAÑA DE AGUA.

La musaraña de agua, llamada por los naturalistas, *sorex fodiens*, desconocida por nuestros antepasados, es una modificación nueva de la musaraña comun (*sorex*).

araneus.) Su tamaño es poco mas ó menos el del raton; todas las partes superiores de su cuerpo son negras y las partes inferiores blancas; su cola está desguarnecida de piel, es escamosa y tiene la longitud de su cuerpo. Aunque viviendo habitualmente en las orillas de los rios, no tiene los pies palmeados, sino guarnecidos de pelos tiesos y en forma de abanico, que reemplazan las membranas y le dan mucha facilidad para nadar. Asi es que pasa gran parte de su vida en el agua, donde persigue con extraordinaria agilidad á los insectos acuáticos que constituyen su principal alimento. Sumérgese en el agua con la misma facilidad con que nada, y como su oreja es ancha y corta, la naturaleza le ha dado la facultad de cerrarla herméticamente cuando se hunde en el agua; tiene tres bábulas que corresponden al helix, tragus y antitragus, que abre y cierra á su voluntad, de suerte que no puede introducirse la mas pequeña gota de agua en su oído.

Este pequeño animal habita en agujeros que él mismo abre en la tierra en las márgenes de los rios y arroyos,

valiéndose de sus uñas y de su nariz movible como la del topo, aunque mas pequeña y afilada, semejante á una pequeña trompa. Algunas veces para ahorrarse el trabajo de formarse una vivienda, se apodera del agujero abandonado por una rata de agua, ó se contenta con la hendidura de un peñasco, ó con el hueco que hay entre dos piedras. Tiene pocos enemigos, y los animales carnívoros no le atacan jamás, porque los ahuyenta el olor que exhala; los únicos cuyos voracidad puede temer, son los sollos y truchas, que habitan como él las aguas límpidas y que lo atrapan al paso.

La musaraña no es un animal nocturno; sin embargo tan pronto como aparece el sol se esconde en su agujero, del que no sale si no hasta el crepúsculo para ir á cazar. Los naturalistas creen, que á falta de insectos, se mantiene como el erizo de granos, pero la observacion hecha por Boitard que presencié el combate de una musaraña de agua con una rana tan grande como ella, prueba que ataca á los crustáceos, á los peces pequeños y hasta los reptiles.



La Musaraña de agua.